
HEATHER
BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
SANTOS Y PECADORES
EL COMPAÑERO DEL
DUQUE

EL COMPAÑERO DEL DUQUE

SANTOS Y PECADORES
LIBRO 1

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

PRÓLOGO

Londres,

Marzo, 1818

Nicolas Westfall caminaba de un lado a otro en el vestíbulo de la casa de su hija mediana en Mayfair, intentando contener su temperamento. Fanny lo había vuelto a hacer. Ofender a un miembro importante de la sociedad no era cosa de risa. Los recuerdos de tal insolencia duraban años y Nicolas tenía que pensar también en otra hija.

Fanny bajó corriendo las escaleras de su residencia para recibirlo, sonriendo ampliamente mientras se acercaba, pero él apostaría a que temía la inevitable confrontación que se avecinaba por su comportamiento. Tenía que saber por qué había venido.

—Padre, qué sorpresa inesperada.

Nicolas miró a Fanny con exasperación. De todas sus hijas, tenía debilidad por ella, aunque fuera la más problemática del grupo. Le recordaba a su difunta esposa en tantos aspectos. Impulsiva, exuberante y despreocupada de muchas de las reglas de la sociedad.

Afortunadamente, Fanny todavía se retorcía bajo su escrutinio como lo había hecho desde pequeña, y eso le daba esperanzas de que pudiera escuchar su consejo. Después de todo, era demasiado mayor para ponerla sobre sus rodillas y darle la reprimenda que se merecía.

—Fanny.

—Pensé que todavía estabas en casa en el campo —exclamó ella, deteniéndose a varios pies de distancia.

—Tenía asuntos inesperados en la ciudad —abrió los brazos—. Ven aquí, niña Fanny. Dale un abrazo a tu viejo padre antes de que tenga que regañarte.

Siempre trataba de preparar a sus hijos para cuando necesitaba gritarles. No tenían madre. Solo Nicolas. Los amaba, pero no siempre aprobaba sus elecciones.

Fanny cruzó rápidamente la habitación, lo abrazó con fuerza durante el mayor tiempo posible y luego se alejó lentamente de él. Hizo una mueca.

—No es un escándalo tan terrible como todos dicen. El chisme es casi siempre una vasta exageración de la verdad.

Él resopló.

—Llamaste a la Duquesa de Lowell una vieja cabra mal educada...

—Sin un ápice de bondad humana o decencia —terminó Fanny por él—. Sí, admito que dije eso.

Había otros comentarios difamatorios que había hecho también, pero solo los admitiría si Nicolas los mencionaba primero. Conocía bien a su hija. Se pellizcó el puente de la nariz.

Encontrar una nueva institutriz para su hija menor tendrá que esperar otro día.

—Independientemente de si es cierto o no, no deberías haber dicho nada de eso en un lugar público —se quejó.

—Pero padre, fue terrible —protestó ella—. No podía quedarme sentada mientras esa mujer maltrataba a una persona amable y gentil.

—Estoy seguro de que para ti fue una grave indignidad, pero no era asunto tuyo. ¿Por qué tienes que entrometerte en los asuntos de aquellos que pueden dañar tu reputación?

—Bueno, tenía que ser asunto de alguien —protestó Fanny—. La forma en que se trata a algunos sirvientes me hace hervir la sangre. No tengo arrepentimientos. Ni uno solo.

Nunca los tenía. Nicolas enganchó su brazo con el de ella firmemente y la condujo a su salón de arriba.

—Estoy seguro de que lo ves así, pero otros ciertamente no. Cené en mi club anoche y el silencio a mi llegada fue extremadamente incómodo, por decir lo menos. Lowell estaba allí y se marchó furioso. Sabes que *él* me cae bien. Ahora cuéntame todo sobre el encuentro desde el principio —exigió—. Haré lo posible por reparar el daño que has causado si puedo.

Fanny explicó lo que había encontrado: una institutriz acosada y maltratada en una posada de diligencias donde se había detenido a almorzar la semana anterior. No era una historia desconocida. Aquellos con poder a menudo lo usaban mal.

—¿Sabes lo peor de todo? A pesar de sus esfuerzos por complacerlos, a pesar de la paliza que recibió con una sombrilla, nada menos, Lady Lowell la despidió allí mismo. No les importaba si la dejaban varada en ese lugar abandonado de la mano de Dios. Se habría quedado sin posición, sin referencias y sin esperanza de mejorar su situación o recuperar sus pertenencias del campo.

Fanny era la impulsiva, pero tenía un gran corazón para aquellos con menos que ella. Lo que equivalía a casi todos los que conocía, desafortunadamente. Su hija había heredado una vasta fortuna de su difunto marido, pero afortunadamente tenía el cerebro para administrarla competentemente por sí misma. Sospechaba que su hábito de rescatar a los marginados nacía de una falta de amor en su vida. No era la primera vez que deseaba que su matrimonio la hubiera cargado con hijos propios.

—¿Así que trajiste a otro desvalido contigo? Realmente esperaba que superaras ese hábito —suspiró—. ¿Qué hacías en la posada en primer lugar?

—Estaba regresando de un picnic con amigos —lo miró, sus grandes ojos llenos de esperanza—. Ella es realmente muy encantadora. Amable. Nada atrevida. De hecho, muy callada.

—Callada —murmuró el duque con reverencia—. Eso debe ser refrescante.

—Oh, querido —consoló Fanny mientras le frotaba el brazo—. ¿Rebecca ha visitado la casa recientemente?

Nicolas tenía un puñado de hijos adultos, algunos de los cuales le habían presentado nietos también. La mayoría de ellos eran indisciplinados, y el ruido cuando se reunían con frecuencia lo enviaba corriendo a su biblioteca en busca de paz y tranquilidad. En este momento, había dejado atrás a su segunda hija mayor, la señora Rebecca Warner, en la finca familiar con su hija menor Jessica. Solo pensar en volver para escucharlas discutir le hacía desear quedarse en Londres mucho más allá de sus necesidades.

—Llegó la semana pasada y tiene la intención de quedarse otra después de mi regreso —dijo con un profundo suspiro—. Con algunos de sus amigos más cercanos también —se quejó el duque.

—Oh, pobre Jessica —dijo Fanny, haciendo una mueca por la compañía de su hermana menor con razón. Las amigas de Rebecca le meterían ideas en la cabeza. Ideas y sueños en los que no quería pensar—. Deberías haber traído a Jessica contigo a Londres.

Su hija menor Jessica aún no había sido presentada en sociedad, pero había actuado como señora de la sede ducal en el campo durante varios años. Era extremadamente capaz, para disgusto de Rebecca.

—Jessica no quiso saber nada de venir conmigo y prefiero que se quede en casa hasta que debute de todos modos. Siempre es más feliz en el campo.

—Quieres decir que eres más feliz con Jessica en el campo —le reprendió Fanny con severidad—. Casi tiene edad para debutar en sociedad, padre. El año que viene tendrá su temporada. No puedes mantener a Jessica como una niña por mucho más tiempo.

—Puedo intentarlo —prometió él, tratando de no decirlo entre dientes.

Fanny le lanzó una mirada que sugería que veía a través de él.

—La sociedad alrededor de Stapleton no es lo suficientemente diversa, y lo sabes —le regañó—. Tiene que experimentar algo del mundo si ha de tomar las decisiones correctas para su futuro. También necesita conocer a jóvenes.

Nicolas se consideraba un buen padre, lo que significaba que nadie era lo suficientemente bueno para casarse con sus hijas. No le había gustado particularmente el difunto esposo de Fanny, pero había tolerado la unión porque Fanny estaba encaprichada con el hombre.

Miró alrededor de la bonita habitación, listo para volver al tema de conversación que lo había traído aquí en primer lugar.

—Entonces, ¿dónde está la institutriz que acogiste ahora? Confío en que le encontraste una mejor posición de la que tenía.

Fanny se encogió de hombros con aire culpable.

—Estábamos arriba antes de que llamaras a la puerta. Su nombre es la señora Gillian Thorpe, ha sido viuda durante muchos años infelices.

¿La mujer seguía aquí? Maldición, había esperado que no fuera otra sirvienta extralimitada a la que Nicolas tuviera que despedir. Ya estaba de bastante mal humor y usaría su título para proteger a su hija hoy.

—Bueno, tráela. Echemos un vistazo a este supuesto modelo de virtud femenina.

Fanny puso las manos en las caderas.

—No me ha engañado, papá.

—Yo seré quien juzgue eso —insistió con una expresión sombría—. No toleraré tonterías ni retrasos esta vez.

—¡Padre! Calla, podría oírte —se quejó Fanny.

La última mujer que Fanny había acogido se había quedado medio año antes de que Nicolas se enterara, aceptando todo tipo de regalos de Fanny como si fuera su derecho. Nicolas le había encontrado un puesto a cuatro condados de distancia con una familia que raramente iba a Londres más de una vez al año.

—Poco me importan las sensibilidades de una mujer que se permitiría ser mimada inmerecidamente. Supe que la última era un problema desde el primer momento en que la conocí —dijo—. No permitiré que nadie vuelva a aprovecharse de ti.

—Está bien, pero recuerda moderar tu lengua y ser educado —suplicó Fanny—. Me hace reír como nadie más puede. Me cae muy bien.

—Te cae bien todo el mundo a primera vista —refunfuñó, y se dirigieron juntos al pasillo—. Es solo después cuando notas sus verdaderos colores y sus formas codiciosas.

Fanny se apresuró a adelantarse.

—Está por aquí.

Unos pasos más allá en el pasillo, Nicolas se detuvo e inclinó la cabeza hacia un lado. Una mujer se estaba quejando, bastante alto, a alguien más.

—*¡No! ¡Absolutamente no! Llévatelos de vuelta* —gritó la mujer.

Hubo una respuesta murmurada que no pudo captar del todo, pero sospechaba que era la doncella de Fanny respondiendo a quienquiera que fuese.

—¡No! No me importa lo que Lady Rivers te haya dicho que hagas —continuó la desconocida—. Oh, dámelos, los colgaré yo misma en su armario.

—¿Creí que habías dicho que era callada? —Nicolas se apresuró inmediatamente hacia las voces.

Al llegar al pasillo cerca de la alcoba de Fanny, vio a la desconocida marchando por la casa. Se detuvo, apoyando un brazo contra la pared mientras la escena entre la mujer y la doncella de Fanny se desarrollaba ante él.

—No te despedirá por esto, niña tonta —insistió la mujer, sin darse cuenta de su audiencia, antes de marchar hacia la alcoba de Fanny cargando una montaña de ropa—. Ciertamente no necesito seis vestidos más —insistió con voz alta y clara—. Ya tengo suficientes.

—Pero ella dijo que nunca los usa. Dijo que usted los necesitaría —prometió la doncella de Fanny, persiguiéndola.

Nicolas se acercó con sigilo para escuchar el resto del intercambio.

—No me importa lo que ella haya dicho que yo querría o no querría —argumentó la mujer —. Una institutriz no tiene necesidad de sedas o trajes de montar de terciopelo. Preferiría salir sin una pizca de ropa antes que aceptar tanta caridad de alguien.

Nicolas se atragantó con una carcajada.

La mujer de repente reapareció desde la puerta de la alcoba de Fanny y lo vio en el pasillo. Sus ojos se agrandaron.

—¡Oh!

—Hola —comenzó Nicolas, moviéndose hacia la mujer argumentativa—. ¿Qué sucede aquí?

La mujer frunció el ceño.

—Estoy tratando de devolver los vestidos que Lady Rivers sigue endilgándome.

—¿Endilgándote? —Nicolas se acercó a la mujer hasta cernirse sobre ella. Se sentía cómodo intimidando a la gente con su mayor altura. Una mirada hacia arriba y los que estaban equivocados solían tartamudear.

—Sí, endilgar. —Sin embargo, una alegre sonrisa apareció en su rostro mientras lo miraba sin miedo ni aparente preocupación—. Me gusta mucho esa palabra, ¿a usted no? Me hace pensar en la temporada y todas esas elecciones poco sabias que harán las debutantes.

—Es una de mis palabras favoritas. —Su mano se extendió antes de que pudiera detenerse—. Usted debe ser la señora Thorpe.

—Supongo que debo serlo. ¿Cómo está usted? —Se estrecharon las manos, y para su sorpresa, él se demoró hasta que ella retiró la suya. Normalmente nunca era tan amistoso con las institutrices, especialmente con las bonitas desempleadas.

La señora Thorpe, sin embargo, no vio nada atrevido en su comportamiento y le dedicó una brillante sonrisa.

—¿Y usted es?

—Nicolas Westfall.

Sus ojos se entrecerraron sobre él y luego miró de reojo a Fanny.

—¿Es este otro amigo tuyo que simplemente *debo* conocer?

Nicolas se rio abiertamente. Era una novedad ser visto como algo más que *Padre* o *el Duque de Stapleton*. El anonimato era raro entre los miembros de su familia.

—Algo así.

Fanny se apresuró hacia adelante, y sus siguientes palabras le arruinaron el momento.

—Gillian Thorpe, permítame presentarle a mi padre, el Duque de Stapleton.

—Oh. Oh, ya veo —La mujer lo miró fijamente y luego retrocedió un paso, sin duda consciente de su posición en el mundo y de la superior de él. Le divirtió que no hiciera una reverencia inmediatamente. En su lugar, puso las manos en las caderas y mantuvo la mirada fija en él—. ¿Se puede contar con usted para impedir que Lady Rivers me dé cosas que no necesito?

Nicolas se rio, complacido de que la mención de su título no hubiera convertido a la mujer en una coqueta empalagosa como solía ocurrir.

—He intentado frenar su generosidad sin éxito toda su vida. Si no está regalando cosas, está trayendo animales abandonados a casa. Está decidida a cuidar de todos. Ha sido así desde la infancia, solo que entonces traía pájaros heridos y perros perdidos. Últimamente, han sido extraños comiendo en su mesa. La mayoría de la gente simplemente cede y acepta en lugar de luchar contra ella.

—Yo no soy como la mayoría de la gente, su excelencia —La señora Thorpe se sonrojó de repente y luego hizo una elegante reverencia finalmente, y se volvió hacia Fanny con expresión decidida—. Tienes que prometer que detendrás esta tontería, o me iré esta noche.

Nicolas sonrió ante la firmeza en su voz. Esta no era una mujer que planeara aprovecharse del dinero de Fanny. No pudo evitar que le cayera bien por mantenerse firme.

Fanny de repente levantó las manos en señal de rendición.

—Eres la mujer más testaruda.

Gillian Thorpe sonrió ampliamente.

—Esa es una promesa que espero que cumplas, milady. Disculpadme.

Giró sobre sus talones y regresó a una habitación, pero reapareció un momento después con una sombrerera en la mano. Se la entregó a la nerviosa doncella de Fanny.

—No deseo volver a ver esta sombrerera nunca más —le dijo a la chica con firmeza—. Ni su contenido.

Nicolas negó con la cabeza. Qué institutriz debió haber sido. No era de extrañar que Lady Lowell quisiera deshacerse de ella. En un hogar dirigido por mujeres, solo podía haber una mujer al mando. Podía imaginar fácilmente a esta mujer defendiendo a sus pupilas de pretendientes y falsos amigos, e incluso de sus propias madres, si fuera necesario. Jessica, huérfana de madre durante la mayor parte de su vida, necesitaba a una mujer así en su vida.

—Ahora veo que los chismes están terriblemente mal informados sobre la naturaleza de su relación.

—Por supuesto que están equivocados —dijeron Fanny y la señora Thorpe al mismo tiempo.

—Somos las mejores amigas —continuó Fanny.

La señora Thorpe se sonrojó un poco ante el comentario de Fanny y negó con la cabeza.

—Su hija es la persona más amable que he conocido, su excelencia. Estoy muy agradecida por su intervención y oferta de refugio hasta que pueda encontrar una nueva posición como institutriz, pero desearía que fuera menos generosa con los desamparados.

Nicolas estaba completamente de acuerdo. La señora Thorpe era una mujer segura de sí misma, y él admiraba mucho esa cualidad. También tenía una forma de hablar deliciosamente directa.

—Yo también he deseado eso.

Fanny tocó su brazo repentinamente, desviando su atención de la institutriz.

—¿Te quedarás a almorzar?

No había planeado quedarse, pero mientras echaba otro vistazo a la señora Thorpe, decidió que debería hacerlo. Su hija menor necesitaba una nueva institutriz. Esta parecía casi ideal. La señora Thorpe podría ser lo suficientemente testaruda como para resistir a su familia si se sabía que contaba con su apoyo total en todo lo relacionado con Jessica.

—Creo que lo disfrutaría mucho si la señora Thorpe consintiera en unirse a nosotros también.

Vio la negativa de la señora Thorpe incluso antes de que empezara a negar con la cabeza.

Hoy no se lo negaría.

—Fanny mencionó que usted era institutriz y sospecho que una buena. Antes de eso, una esposa con un marido indudablemente feliz. Se espera que mi hija menor debute el próximo año y me gustaría ayudar a evitar esas elecciones poco sabias que mencionó.

Sus labios se separaron, pero no salió ningún sonido.

A pesar del silencio, estaba complacido de que no hubiera dicho que no inmediatamente, porque estaba a punto de ser algo indiscreto.

—Una mujer como usted, tan segura, tan segura de sí misma, solo podría haber tenido un matrimonio feliz y satisfactorio.

—¡Padre! —protestó Fanny.

—No, esto es demasiado importante para no decirlo de frente. Señora Thorpe, su esposo fue sin duda afortunado en su elección de esposa. Hay muchas cosas de las que no puedo hablar con mi hija menor sobre el matrimonio, mis otras hijas viven en otros lugares, y estoy seguro de que Jessica tendrá preguntas audaces que hacer a otra dama que haya pasado por la experiencia del matrimonio y el lecho conyugal. No puede esperar el correo de sus hermanas para obtener sus respuestas.

La señora Thorpe palideció.

—Ya veo.

—No es asunto mío de lo que hablen, y nunca tendremos que volver a hablar de esto, pero espero que responda a las preguntas de Jessica con honestidad, sin importar lo escandalosas que puedan ser.

Se humedeció los labios, con la mirada baja.

—Podría hacer eso —susurró.

La señora Thorpe mantuvo los ojos bajos y él suspiró al ver que se había vuelto tímida. Sin duda, él estaba equivocado, pero estaba haciendo exactamente las mismas preguntas que había planeado hacer a otras institutrices en las entrevistas de mañana.

Dado el patético consejo de la última institutriz a Jessica —pidiéndole repetidamente que mantuviera las rodillas firmemente apretadas alrededor de cualquier hombre que conociera— Nicolas sentía que no tenía otra opción que realizar las entrevistas personalmente.

—Habiendo tenido una vez una esposa e hijas que criar sin ella, sé que las mujeres hablan de cosas de las que nunca debería ser testigo. Excelente. Me alegro de que eso esté resuelto.

—Nada está resuelto, su excelencia —dijo de repente la señora Thorpe, mirándolo con una ira inesperada—. No he dicho que quisiera el puesto de institutriz que me ofrece.

Fanny se rio con ganas.

—¿Ves a lo que me refiero con que me hace reír?

Fanny asumió que la señora Thorpe estaba bromeando, pero Nicolas sabía que no era así. Había descubierto a una mujer de carácter muy fuerte, lo que lo hacía estar aún más decidido a

emplearla.

—No le ofrezco un puesto de institutriz. La quiero como dama de compañía de Jessica.

—¿Dama de compañía?

Él asintió, disfrutando de su sorpresa y del interés en sus ojos.

—Creo que usted es exactamente el tipo de mujer con la que mi hija necesita relacionarse si ha de tomar las decisiones correctas en su vida. Jessica ya es obstinada y decidida. Todos mis hijos lo son, desafortunadamente. Necesito a alguien que no tenga miedo de enfrentarse a ellos y hacerlos escuchar. Creo que usted y yo podríamos manejar muy bien a Jessica juntos.

La señora Thorpe lo observó durante un largo momento, claramente tentada.

—Solo el tiempo dirá si podemos llevarnos bien, su excelencia.

Él le sonrió radiante. Le gustaba que ella no se apresurara a estar de acuerdo con él. Demasiadas mujeres ya lo hacían.

—Me gusta mucho su actitud, señora. Por favor, ¿no le gustaría acompañarnos a almorzar para que podamos conocernos mejor?

Ella le devolvió la sonrisa y asintió.

—De acuerdo, pero solo si promete dejar que Lady Jessica decida si me quiere como su dama de compañía.

—Trato hecho. Saldremos de Londres tan pronto como usted esté lista y entonces podrá conocer a Jessica —extendió la mano nuevamente—. ¿Tiene algún consejo para un pobre padre para que pueda robar unos minutos de paz cada día?

La señora Thorpe dio un paso hacia él, le estrechó la mano con firmeza y dijo con toda seriedad:

—Siempre podría cerrar las puertas con llave, como he tenido que hacer con Lady Rivers.

Él se rio incluso mientras Fanny se quejaba de que eso era injusto. Demonios, pero Fanny tenía razón: la señora Thorpe también lo hacía reír.

CAPÍTULO UNO

Nueve meses después,

Mansión Stapleton

Nicolas detestaba los excesos de la temporada festiva. Su finca, su propio hogar, estaba inundada de animadas conversaciones y la constante amenaza de encontrarse bajo un malicioso ramo de muérdago.

A sus cuarenta y cuatro años, Nicolas se consideraba demasiado viejo para tales tonterías, y si besara a alguien, ciertamente no lo anunciaría en una muestra pública de afecto.

Por eso contuvo una maldición cuando los ojos de la señorita Natalia Hawthorne brillaron al acercarse. Percibiendo el peligro, miró hacia arriba, notó que estaba cerca de otro ramo, y rápidamente dio un paso atrás. La hija de su vecino era demasiado joven para perseguirlo. Solo tenía dieciocho años, un año más que su hija menor, ¡por el amor de Dios!

La señorita Hawthorne hizo un puchero.

—Vaya, su excelencia. Es usted un bromista.

No lo era. Lo que *sí* sentía eran impulsos asesinos hacia la mujer que había elaborado la lista de invitados e incluido a semejante coqueta entre ellos. Nunca debería haber abierto su casa a los invitados para esta farsa, una fiesta navideña de una semana para preparar a su hija menor, Jessica, para su presentación en sociedad el próximo verano. Nicolas había considerado que esta era una mala idea desde el principio y lo confirmaba a cada momento. Sin embargo, su hija había insistido, e incluso la dama de compañía de Jessica había estado de acuerdo en que una fiesta que incluyera a la familia sería beneficiosa.

Dado que la dama de compañía y esta hija en particular rara vez estaban de acuerdo en algo relacionado con Jessica, él había protestado débilmente y luego cedido.

Lo que no esperaba era ser cazado como si él también fuera un premio en el mercado matrimonial.

Se retiró a la biblioteca, su refugio privado, en busca de protección. Un santuario para caballeros, libre de vegetación y mujeres, la biblioteca ya estaba ocupada por un vecino con la misma idea que él. Frunció el ceño a Gideon Whitfield, un viejo amigo y confidente.

—Me preguntaba dónde te habías metido.

—¿A ti también te tienen a la defensiva? —preguntó Whitfield desde donde estaba sentado, acomodándose con los pies estirados hacia el fuego crepitante. Whitfield, un caballero en la flor de la vida, era un soltero empedernido de hábitos retraídos, con la suerte de conservar una abundante cabellera ondulada y oscura que las damas tanto admiraban.

—En efecto —Nicolas echó un vistazo hacia el exterior, al camino nevado. La oscuridad de

la noche no estaba lejos, pero esperaba que los cantantes de villancicos llegaran en cualquier momento—. ¿Por qué accedí a esto?

—Porque harías cualquier cosa por la felicidad de tu hija —el hombre se inclinó hacia adelante—. Sabes, si eligieras tu propia esposa, podrías evitar lo peor de las maquinaciones femeninas durante la próxima temporada. Como los lobos, las mujeres solo cazan si huyes. Deja que una te atrape y tus preocupaciones terminarán.

Él gruñó. Esa era otra razón por la que temía la próxima temporada. Por mucho que le gustara la idea de volver a tomar una esposa, tener sexo y compañía, e incluso más sexo, no podía considerarlo hasta que su hija hubiera encontrado un marido adecuado. Solo uno de ellos necesitaba estar en el mercado matrimonial, y a su edad, le costaba imaginar empezar de nuevo.

Habían sido solo él y Jessica durante varios años, excepto por una serie de institutrices que habían ido y venido por diversas razones. A principios de este año, había contratado a una dama de compañía para Jessica en lugar de una institutriz y había quedado muy satisfecho con los resultados.

La señora Gillian Thorpe había sido desde el principio la excepción a una serie de mujeres por lo demás poco excepcionales que había contratado para mantener a Jessica a raya. La señora Thorpe no intentaba controlar a nadie más que a Jessica, y se aseguraba de que él siempre estuviera informado sobre las alteraciones en la rutina de su hija. Actualmente tenía el arreglo perfecto y temía el próximo gran cambio en su vida: perder a Jessica ante un marido que debería merecerla, o si no...

—Por eso estás aquí —le dijo a Whitfield, dejando a un lado su inquietud—. Como mis hijos están ocupados en otros asuntos, solo tú debes distraer a las mujeres que buscan marido con tu rostro más atractivo y tus bolsillos profundos.

Nicolas ciertamente no era un premio a la vista, con su nariz rota y el cabello mostrando más canas que el negro con el que había nacido. Había momentos en que Nicolas se sentía positivamente anciano al lado de Whitfield, que era casi una década menor que él. Pero a pesar de los años que los separaban, tenían mucho en común.

Además, de todos sus amigos, Whitfield era el único en quien se podía confiar plenamente alrededor de su inocente hija menor.

Whitfield arqueó las cejas.

—Oh, pero tú eres el duque que toda mujer quiere atrapar, o eso afirma tu hija, incluso con tu anual mal humor navideño en pleno apogeo.

—Por favor, no me recuerdes la temporada.

—Soy cruelmente utilizado como tu escudo —se quejó Whitfield, pero el tono divertido en su voz dejaba a Nicolas sin duda de que estaba contento con su papel en esta fiesta en particular. Whitfield echó la cabeza hacia atrás—. ¿Me prometes que me has sentado junto a alguien que no sea la dama de compañía para la cena? —suplicó Whitfield.

La expresión esperanzada de Whitfield hizo que una risa burbujera en el pecho de Nicolas. La pretensión del hombre más joven de ser un soltero maltratado le divertía. El tonto disfrutaba de su actual popularidad entre el sexo femenino.

—Hablé con el ama de llaves, y me asegura que la disposición de los asientos no cambiará de nuevo. Esta noche estás sentado junto a Jessica.

—Bien —dijo Whitfield, sonriendo ampliamente—. Sin ánimo de ofender a tu encantadora dama de compañía, pero lo único que hace es hablar de su protegida. Bien podría sentarme al lado de Jessica al menos una noche y escuchar sus aventuras de primera mano. Dime, ¿todos tus sirvientes no tienen otra información que compartir más que lo que Jessica hizo últimamente?

—La señora Thorpe está dedicada a mi hija —dijo con satisfacción—. Siempre están juntas, así que no es sorprendente que hable mucho de Jessica. No podría haber pedido una mejor mujer para guiarla a esta edad.

—Jessica parece haber disminuido muy poco el ritmo desde la última vez que la vi —reflexionó Whitfield—. Hace dos meses, seguía siendo la descarada marimacho que casi me arranca la cabeza jugando al críquet y luego se rio del roce que tuve.

—Juegas excepcionalmente mal. Se supone que debes atrapar la pelota con las manos, no con la cabeza —bromeó Nicolas, recordando con cariño aquel día soleado. Incluso la señora Thorpe se había reído tanto que se quejó de un dolor en el costado. Nicolas había tenido que perseguir al furioso Whitfield para asegurarse de que su hija no fuera estrangulada o arrojada al estanque cercano.

Echó otro vistazo afuera y se alegró de ver que se acercaban carruajes.

—Ahí vienen. Deberíamos reunir a mis invitados y salir a recibirlos.

Lamentablemente, el rápido taconeo de unos pasos advirtió a Nicolas que su santuario había sido invadido por una mujer, y que saludar a los villanciqueros tendría que esperar un poco más.

—Debo hablarle sobre Jessica, padre —exclamó abruptamente la hija de Nicolas, la señora Rebecca Warner.

Se giró lentamente, condenado a otra inevitable charla sobre la forma correcta de criar a una niña. Rebecca siempre le decía a Nicolas qué hacer, como si no hubiera logrado criar satisfactoriamente a dos hijas antes. Rebecca llevaba su papel de hermana mayor al extremo.

Dirigió su atención a Whitfield y le sonrió al hombre.

—Discúlpenos, por favor.

—No, quédate exactamente donde estás —Nicolas no iba a permitir que su velada se arruinara por tener que despedir a su amigo por culpa de la general mayor femenina de la familia —. Lo que sea que tengas que decir puede esperar hasta mañana, Rebecca.

Whitfield huyó de todos modos.

Maldito cobarde.

—No puedes evitarme para siempre —insistió Rebecca, mientras miraba el espacio con ojo crítico—. Esta habitación necesita una buena ventilación. Quizás algunas flores también.

Nicolas se estremeció. Las flores y las mujeres no eran bienvenidas en esta habitación, y su hija conocía sus deseos, pero aun así persistía en intentar cambiar las cosas. Tal vez había mérito en considerar tomar una esposa que pudiera hacer las cosas a su manera de vez en cuando.

Sonrió, deseando poder prohibirle a su hija que lo molestara con un asunto que tenía bien controlado, pero por muy obstinada que se hubiera vuelto Rebecca, seguía siendo familia. La familia era muy importante para Nicolas.

—Los villanciqueros están subiendo desde el pueblo. Debemos recibirlos.

—Espera solo un momento —exclamó ella.

Nicolas se alejó a grandes zancadas, llamó al orden a sus invitados y anunció la inminente llegada de los cantantes de villancicos.

Jessica corrió hacia él, ya abrigada contra el frío y claramente emocionada.

—Oh, me encanta la Navidad, papá.

—Lo sé, Ratoncita —Pasó su brazo alrededor de los hombros de Jessica, la abrazó contra su costado y luego buscó a la señora Thorpe.

La acompañante de cabello negro azabache todavía estaba a cierta distancia, pero ya estaba cubierta de abrigo, guantes, bufanda de lana y gorro tejido hasta que solo se podía ver un poco de su rostro.

—¿Vamos?

Se ganó una pequeña sonrisa de Thorpe, quien permaneció a su lado mientras salían al frío junto con su familia e invitados. Los escalones pronto se llenaron hasta rebosar.

Mientras esperaban que los villanciqueros comenzaran, sintió una ausencia y miró a su alrededor. La señora Thorpe se había detenido unos pasos detrás de él. Le hizo un gesto para que se adelantara y se pusiera al lado de Jessica.

—No verá nada si se queda rezagada allí.

—Estaría feliz con solo escuchar, su excelencia —dijo ella con un movimiento de cabeza.

—Tonterías —Colocó su mano en la espalda de ella y la posicionó a su derecha, justo delante de él—. Ahí está. Puede ver todo mucho mejor desde aquí con Jessica.

Ella se estremeció, mirando por encima de su hombro hacia donde la mano de él permanecía en su abrigo.

—Mis disculpas —Nicolas rápidamente puso sus manos detrás de su espalda, ligeramente avergonzado. Normalmente no manoseaba a su personal femenino.

La señora Thorpe intercambió una rápida sonrisa con Jessica, y el par se acurrucó más cerca.

Él dejó escapar un suspiro de satisfacción. La señora Thorpe podría ser la acompañante perfecta. Lo había sentido desde el principio. Tranquila y amable, indulgente pero no fácilmente influenciada por los hábitos impetuosos de Jessica. Siempre estaba lista para reírse de sus pobres bromas, también, y nunca se ponía por delante. En todo el tiempo que la había conocido, antes y después de su empleo en su casa, nunca le había dado ningún aliento. Recientemente se había vuelto curioso sobre su pasado. Después de tenerla bajo su techo durante tantos meses sin incidentes, se había sentido cómodo a su alrededor como con pocas mujeres.

Nicolas se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo está disfrutando la velada?

—Esta ha sido la Navidad perfecta —prometió Jessica, llena de su habitual entusiasmo por todo lo que tenía que ver con la diversión.

La señora Thorpe guardó silencio. Nicolas la empujó suavemente con el codo, en caso de que no se hubiera dado cuenta de que la pregunta también era para ella. Era importante para él que la mujer a cargo de su hija fuera feliz.

—¿Señora Thorpe?

—Yo... Oh, sí —Sus ojos se desviaron, y un ceño frunció sus labios en un breve pero revelador momento mientras miraba hacia Rebecca. Sonrió brillantemente—. Lo estoy pasando maravillosamente.

Ahora, ¿qué era esto? ¿Una mentira? Nunca en todo el tiempo que había estado trabajando para él, la señora Thorpe había sido menos que franca con sus opiniones. Pero la última vez que Rebecca había venido a quedarse, había sido consciente de una pequeña tensión entre las dos mujeres. Esperaba que la razón de eso hubiera pasado.

—¿Está segura?

—Absolutamente —le aseguró ella cuando los villanciqueros comenzaron a cantar.

Jessica se apoyó contra él y, por proximidad, la señora Thorpe también lo hizo, hasta cierto punto. Abrazó a su hija contra su pecho, lleno de amor por su última hija, pero era agudamente consciente de que la señora Thorpe estaba cerca y no se estaba divirtiendo completamente. Hablaría con ella después de la cena y averiguaría si sus hijos habían estado interfiriendo nuevamente en su acuerdo con respecto al cuidado de Jessica.

Se estremeció cuando se levantó una brisa helada y la nieve arremolinó a su alrededor. Nicolas no podía permitirse perder a la señora Thorpe. No cuando más necesitaba su lealtad.

CAPÍTULO DOS

—¿Por qué tengo que sentarme en una habitación sofocante llena de viejos? —exclamó Lady Jessica mientras apartaba las manos serviciales de su doncella y se dejaba caer en un sillón junto a la chimenea.

Acostumbrada a tales arrebatos, Gillian Thorpe, la acompañante de la joven desde hacía casi nueve meses, se apresuró a cruzar la habitación para deslizar su dedo bajo la barbilla de Jessica y levantar su mirada. —Querida, ya hablamos de esto. Su Excelencia accedió a organizar una fiesta en la casa para que tuvieras más oportunidades de entablar conversaciones educadas antes de que comience tu temporada. Sé razonable. Sabes lo mucho que detesta la Navidad. Debemos volver abajo, aunque solo sea para desear a todos dulces sueños.

La joven se burló. —Quieres decir que debo intercambiar cortesías aburridas que también hagan feliz a mi hermana.

—Bueno, sí. —Gillian hizo una mueca. La señora Warner, la hija de Lord Stapleton, era extremadamente difícil de complacer. A pesar de ser una visitante poco frecuente en la finca Stapleton, se comportaba como si esta fuera aún su hogar y daba órdenes a diestra y siniestra. A menudo iba en contra de los deseos del duque, lo cual era siempre la fuente de problemas entre ellos—. Ella *es* tu hermana.

—Puedes quedártela —refunfuñó Jessica.

—Me hubiera gustado tener una hermana, pero en su lugar tuve un hermano —le contó Gillian.

—No lo sabía. —Los ojos de Jessica se iluminaron de curiosidad—. ¿Cómo es? ¿Dónde vive?

—Desafortunadamente, no lo sé. Perdí el contacto con él cuando me casé.

Su hermano Lincoln y su difunto esposo Wallace Thorpe no se habían llevado bien, y ella siempre había lamentado que sus cartas quedaran sin respuesta por parte de su hermano.

—Pero eso es terrible —exclamó Jessica—. Debemos encontrarlo.

—Tal vez algún día. —Gillian suspiró y luego se centró en el presente: sacar a Jessica de esta habitación y ponerla de buen humor—. Pero primero, debemos reunirnos con tu familia abajo.

La lista de invitados para esta inusual fiesta navideña de una semana en Stapleton Manor no había insinuado una generación mayor cuando le mostraron a Gillian los nombres de los invitados. Ella había esperado, al igual que Jessica, un grupo mucho más joven con el que relacionarse, junto con la familia del duque. Cualquiera menor que la edad de su vecino más cercano, el señor Gideon Whitfield, habría servido.

Pero la mayoría de los hijos del duque, esperando el desinterés de su padre por la temporada

festiva, habían hecho otros planes y enviado sus disculpas.

Tenían que conformarse con los amigos de la señora Warner en su lugar. No habrían sido la elección de Gillian si hubiera tenido voz en el asunto.

Era el trabajo de Gillian asegurarse de que Jessica estuviera lista para su presentación en sociedad, y la joven había demostrado ser tan desafiante como su padre había sugerido inicialmente cuando le ofreció el puesto de acompañante hacía nueve meses. Jessica recibía bien las instrucciones, pero parecía incapaz de mantenerse a distancia de los sirvientes, lo cual se había convertido en la principal queja de la señora Warner.

Y era cierto que Jessica estaba interesada en los sirvientes a su alrededor quizás más de lo apropiado para la hija de un duque. Era tan abierta y amistosa como Lady Fanny Rivers, la otra hija del duque. Había habido más de una noche en la que Jessica la había buscado tarde y terminado durmiendo en la propia cama de Gillian. La joven nunca había conocido a su madre y a menudo echaba terriblemente de menos a sus hermanas mayores.

Sin embargo, hacer amistad con el servicio no era lo que Jessica más necesitaba. Lo que sí necesitaba era una aliada, una amiga más cercana a su edad para compartir experiencias cuando estuviera en Londres. Gillian había estado fomentando una amistad con una joven en particular con ese propósito. —La señorita Hawthorne es bastante animada.

La señorita Hawthorne era un año mayor que Jessica, tenía una excelente mente y, lo más importante, estaba dispuesta a discutir los méritos de un caballero sobre otro. Esa joven era consciente del atractivo de los hombres de una manera que Jessica aún no había descubierto por sí misma. Gillian estaba esperando el momento adecuado para sugerir al duque que patrocinara a la joven para una temporada en Londres también, ya que sus padres no podían permitirse el gasto.

—Ella quiere la atención de mi papá —refunfuñó Jessica.

Gillian despidió rápidamente a la doncella, temiendo que hubiera otra rabieta en ciernes. El Duque de Stapleton era un caballero excelente, tanto en apariencia como en carácter. El duque tenía una presencia bastante más allá de lo que normalmente se encontraba en los hombres. Atraía la mirada, hacía que Gillian se retorciera con un anhelo imposible contra el que luchaba lo mejor que podía. Era posible que la señorita Hawthorne tuviera planes de convertirse en la próxima Duquesa de Stapleton, posible, pero muy improbable que tal deseo pudiera hacerse realidad. Por lo que Gillian podía ver, su empleador estaba tratando activamente de evitar a la joven, y eso era lo mejor. La señorita Hawthorne no era adecuada para él.

Sin embargo, algún día, alguna mujer afortunada captaría la atención de Stapleton y se interpondría entre padre e hija para siempre. Habría un esposo para Jessica y sin duda una segunda esposa para el duque. El duque necesitaría a alguien para hacerle compañía una vez que Jessica comenzara su nueva vida. No se suponía que fuera parte de sus deberes, pero Gillian sentía que era su deber no expresado preparar a la joven para tal eventualidad. —Si encuentra a una mujer que le gusta, ¿qué hay de malo en eso?

—No puede casarse con alguien de mi edad —soltó Jessica—. Lo prohíbo absolutamente.

Gillian rió suavemente. Lord Stapleton y su hija menor eran ambos muy particulares. Había habido una serie de niñeras e institutrices antes de Gillian, y todas habían sido despedidas después de unos meses de servicio por una razón u otra, o al menos así se le había advertido. Gillian había durado nueve meses, algo así como un récord aquí en Stapleton.

Gillian alisó el cabello de Jessica detrás de su oreja. Mientras que el vínculo que se había formado entre padre e hija le daba a Jessica todo el amor y la seguridad que podría necesitar, también había creado problemas que Gillian estaba tratando muy duro de superar de la manera

más suave posible.

La joven era terca, propensa a rabietas cuando se la contrariaba. Había sido mimada por todos los que la conocían. Jessica no podía aceptar que alguien se interpusiera alguna vez entre ella y su amado papá.

Aunque Gillian era paciente y había tratado de explicar que tal vez tendría que compartir sus afectos eventualmente, Jessica era muy joven y había estado terriblemente protegida. Parecía bastante ingenua cuando se trataba de relaciones románticas, también, y Gillian había llegado a la conclusión de que Lord Stapleton había mantenido las noticias de sus amoríos lejos de los oídos de su hija.

Pero en su situación actual, a las puertas de la primera temporada de Jessica, las lenguas se movían furiosamente sobre la vida personal de Stapleton. Jessica había oído cómo su papá era universalmente admirado por su riqueza y título. Los comentarios molestaban a Jessica. También asustaban a la joven.

Gillian tomó la mano de la chica y la apretó. —No puedes impedir que tu padre se deje seducir y se case si ese es el deseo de su corazón.

—Puedo y lo haré —prometió Jessica, obstinada hasta el final.

Gillian ajustó el cuello del spencer de Jessica, asegurándose de que estuviera cubierta lo más posible. Los pasillos y las salas públicas a menudo eran fríos aquí en Stapleton, y lo último que su excelencia querría es que su hija se presentara ante los invitados con la nariz roja y goteando. —¿Cómo lo harás cuando tengas un nuevo marido reclamando todo tu tiempo después de tu primera temporada?

Por un momento, la chica pareció confundida. —Yo... Bueno. Lo haré. Tendrás que ayudarme a convencer a papá para que cancele mi presentación en sociedad.

—No puedo hacer eso. Me contrató para asegurarme de que estuvieras lista. —Además, Gillian no tenía intención de hacerlo. Sabía cuánto anhelaría la chica tener su propia familia algún día—. Vamos. Los invitados de tu padre están esperando para verte.

—Oh, está bien. Preferiría que fuera como antes. Solo nosotros tres, y las visitas ocasionales de Whitfield. —La chica se mordió el labio preocupada—. Supongo que debo sonreír incluso cuando Lord James se entrometa en nuestras conversaciones como siempre parece hacer.

Lord James, el segundo hijo del Marqués de Newfield, era más joven que Whitfield, y desde el principio había gravitado hacia Jessica. Era muy amistoso. Quizás demasiado marcado en su interés para el gusto de Gillian, en tan poco tiempo de conocerse, pero todos los hombres se acercaban a las mujeres de diferentes maneras.

Por lo que Gillian podía decir, Jessica no tenía la menor idea de que estaba siendo cortejada. Eso la preocupaba. Tendría que ser franca con la chica de nuevo. —Lord James te admira.

La chica parpadeó varias veces. —Bueno, puede admirarme todo lo que quiera cuando esté al otro lado de la habitación. No tiene por qué ser parte de cada conversación que tengo.

—Está tratando de conocerte, querida. Creo que le gustas románticamente. Pienso que podría estar cortejándote. —La chica frunció el ceño—. Jessica, cuando a un hombre le gustas, encontrará formas de hacerte notarlo. A Lord James le gusta sentarse a tu lado, y su intromisión es su manera de hacer que lo mires.

—Prefiero la forma en que otros hombres cortejan a las mujeres. Papá se sienta a tu lado y nunca dice una palabra.

Gillian rió de buena gana. Jessica podría no ser consciente de otros hombres, pero notaba todo sobre su papá. —Su excelencia se sienta a mi lado para evitar hablar por completo. Ciertamente no me está cortejando. Después de nueve meses viviendo aquí, se siente seguro a mi

alrededor.

Jessica se quedó boquiabierta. —Eso es tan poco romántico y tan injusto de su parte usarte así.

—Así es como debe ser entre nosotros. Jessica, querida, olvidas de nuevo que tu padre me contrató para cuidarte a ti, no a él.

—¿Lo cuidarías si pudieras?

Gillian jadeó. —¡Jessica! Deja de cambiar de tema.

La chica soltó una risita. —Bueno, si debemos hablar de mis pretendientes, también deberíamos hablar de que tú tengas uno.

—No. Soy demasiado mayor para el matrimonio.

—Solo tienes veintiocho años. Podrías tener otro marido y un hijo para amar. Mi padre te describe como una mujer excelente, y él nunca se equivoca.

—¿Eso dijo? —Gillian rápidamente dejó de lado una repentina oleada de placer. A toda mujer, incluso a una vieja viuda como ella, se le podía perdonar pavonearse un poco cuando alguien distinguido la elogiaba. Sin embargo, se centró implacablemente en su protegida—. Dime, ¿qué piensas de Lord James?

—Me cae bastante bien, supongo.

—Una forma de saber si te gusta es si la idea de besarlo te atrae.

Jessica arrugó la nariz. —¿Tengo que hacerlo?

—La mayoría de los maridos besarán a sus esposas en algún momento del matrimonio. Es una idea que debes considerar y aceptar —le advirtió. Quería que Jessica eligiera bien y no tuviera arrepentimientos. Casarse por riqueza y comodidad estaba muy bien, pero sin amor y afecto mutuo, la vida podía parecer realmente vacía.

—Dicen que papá y mamá siempre se estaban besando.

Gillian sintió una punzada de envidia. —¿Y estaban muy felizmente casados, no es así?

—¿Besarías a papá?

Gillian levantó las manos ante la tontería de la chica. Lord Stapleton nunca se rebajaría a besar a una dama de compañía. —Deja tus tontas especulaciones sobre tu padre y yo antes de que me metas en un gran problema. Las damas de compañía han perdido sus puestos, sus medios de vida, gracias a acusaciones infundadas.

—No dejaré que nadie te eche por mis tonterías. —Jessica se mordió el pulgar y luego asintió lentamente—. Realmente no quiero besar a Lord James, ni a nadie que se quede para la fiesta en la casa. De hecho, no sé si querría besar a nadie.

Gillian hizo una mueca. Escuchar otra confirmación de que Jessica podría no estar lista para el matrimonio no le daba ningún placer. A la edad de Jessica, Gillian había experimentado discretamente besando a dos chicos locales para saber que quería hacerlo de nuevo, pero con alguien mejor. Jessica podría estar bien desarrollada en su cuerpo, pero era demasiado joven para reconocer el deseo en otros o en sí misma. La conversación parecía ser todo lo que le interesaba hasta ahora cuando se trataba de caballeros.

Desafortunadamente, la señora Warner no era paciente ni comprensiva, siempre empujando a Jessica hacia Lord James a menos que Gillian interviniera. —Entonces no tendrás que besarlo. ¿Podemos bajar ahora antes de que tu padre nos mande llamar?

—Oh, está bien.

Gillian enlazó sus brazos y la llevó hacia la escalera principal.

A esta hora de la noche, los invitados estarían reunidos en el gran salón de Stapleton, un piso más abajo. El duque tenía un hogar encantador y cómodo, excepto por los pasillos con corrientes

de aire y las interminables habitaciones que había que atravesar para llegar a cualquier parte. Lamentaría mucho tener que irse una vez que Jessica se casara, pero no había forma de evitarlo. Una vez que Jessica encontrara marido, Gillian tendría que buscar un nuevo empleo.

A mitad de camino por las escaleras, Gillian vislumbró el primer signo de problemas.

Había muérdago colgado de una araña apagada.

También se veía la sombra de una figura desconocida merodeando en el umbral de la biblioteca abajo. No tenía idea de quién podría ser ese individuo, pero quienquiera que fuese no podía ser el hombre adecuado para dar el primer beso de Jessica si pensaba que la sorpresa era una opción.

Su corazón se aceleró con preocupación. Gillian cambió a Jessica de brazo para poder maniobrar a la chica lejos del hombre hasta que sus rasgos se hicieran más claros. El primer beso de Jessica no sería un error que pudiera conducir a una conexión no deseada. Este extraño al acecho podría estar demasiado interesado en el tamaño de la dote de Jessica en lugar de en la chica misma.

Gillian echó un vistazo discretamente mientras recordaba que había otra forma de llevar a Jessica con los invitados, un desvío algo indirecto a través del ala este y luego bajando por las escaleras de servicio.

Tomando una decisión repentina, giró a Jessica, pero chocó directamente contra el cuerpo duro de un caballero corpulento.

Fue atrapada, atraída cerca y sujetada firmemente contra un abrigo de lana muy fina. Su aroma era dolorosamente familiar, y su cuerpo respondió con un placer inesperado. Jadeando por la sorpresa, Gillian miró hacia arriba al rostro de su empleador, atónita de que, incluso con las capas adicionales necesarias para esta casa fría, pudiera sentir tanto cuando él la tocaba.

Demasiado.

Stapleton frunció el ceño. —Mis disculpas, señora Thorpe. Debería haber tenido más cuidado.

La soltó lentamente, asegurándose de que estuviera firme sobre sus pies. Gillian lanzó una mirada rápida hacia las sombras, pero el caballero merodeador había huido. —Es enteramente mi culpa, su excelencia. Debería haberlo esperado.

Su ceja se alzó ante su comentario, una visión que hizo temblar su interior. A menudo él contenía sus palabras, pero sus expresiones faciales la fascinaban. Con frecuencia lo observaba cuando debería estar ocupándose de sus propios asuntos, o de los de Jessica.

—Me estaba preguntando dónde se habían metido —aclaró su garganta—. Las dos.

—Un dobladillo necesitaba coserse —suspiró Gillian mientras mentía sobre la razón de su ausencia. Informar al duque de que su hija estaba tratando de evitar a los invitados otra vez no lo haría feliz.

—Oh, miren —exclamó Jessica de repente—. Ambos están parados bajo el muérdago.

Gillian miró hacia arriba y contempló con consternación un segundo ramo que no había notado.

Lord Stapleton gruñó. —Si alguna vez atrapo a quien sigue colgando esta cosa por todas partes, podría retorcerle el maldito cuello.

Arrancó el ofensivo verdor, mirándolo como si pudiera encontrar las respuestas en el follaje.

—Tienes que besar a la señora Thorpe ahora, papá —advirtió Jessica con una risa.

—¡Jessica! —susurró Gillian horrorizada mientras daba un paso atrás, alejándose del duque. ¿Acaso nada de lo que habían hablado antes había penetrado en el grueso cráneo de esa chica? No podía besar al hombre que la empleaba. Era Jessica quien necesitaba ser cortejada, no su

padre.

—Estoy segura de que a usted le gustaría.

El silencio descendió, y por un momento, Jessica pareció afligida. Hizo una mueca.

—Estaba segura de que lo había dicho en mi cabeza —susurró la chica—. Lo siento mucho.

El duque dio un paso atrás, y la expresión en su rostro hablaba volúmenes sobre su disgusto ante la idea de besar a una dama de compañía. De besar a Gillian, en particular.

Apropiadamente avergonzada, Gillian tomó firmemente el codo de Jessica y la llevó escaleras abajo, ocultando lo mejor que pudo una sensación de aplastante decepción detrás de tareas familiares. —Vamos, Jessica, tu hermana se estará preguntando dónde estás.

CAPÍTULO TRES

Nicolas se quedó mirando a la señora Thorpe con absoluto asombro. La idea de besarlo había sorprendido a la viuda, pero esa expresión en su rostro, de aguda decepción, hizo que su pulso se acelerara. Sin embargo, no debería besar, ni pensar en besar, a una mujer que dependía de él para su sustento. Esperaba que ella no hubiera notado que lo había considerado.

—Debo decir que eso estuvo mal hecho —murmuró Gideon Whitfield mientras salía de las sombras de la biblioteca.

Nicolas se dio la vuelta, sintiéndose culpable sin razón alguna. —¿Qué?

—Deberías haberla besado cuando tuviste la oportunidad. —Whitfield le quitó el muérdago de la mano a Nicolas—. Podría haber sido la única forma de empezar.

Nicolas apretó la mandíbula. —No me interesa besar.

—Mentiroso. —Un brillo febril destelló en los ojos de Whitfield—. Te he visto andarte con pies de plomo alrededor de esa mujer durante meses. Un buen revolcón es justo lo que necesitas. Admítelo, la deseas.

Perturbado por la percepción de Whitfield, Nicolas negó enérgicamente con la cabeza. Si así era, no lo hacía a propósito. —No digas tonterías. ¿Qué haces merodeando por aquí? Pensé que ya te habías ido a casa.

—Una treta. —Frunció los labios y luego estudió el ramo de muérdago—. Estaba tratando de ayudar a un amigo a determinar quién está colgando muérdago por todas partes. Este es el cuarto ramo que he visto hoy.

—¿Y?

—Y nada. —Whitfield suspiró—. No hay nadie más alrededor. Tus invitados siguen en el salón por lo que puedo decir. Sospecho que es solo una forma de pasar el tiempo para alguien.

Nicolas señaló el muérdago. —Encontré otros tres esta mañana.

Whitfield silbó. —Quizás no sea por diversión después de todo. Alguien *está* decidido a robar un beso de alguien.

—Y desesperado. —Nicolas tenía sus sospechas sobre el culpable. Las finanzas de Lord James no eran las mejores, y su propiedad podría necesitar una nueva inyección de fondos, aunque Nicolas no aceptaría ningún matrimonio porque Jessica apenas favorecía al tipo.

Frunció el ceño cuando Whitfield chasqueó los dedos. —Debería irme.

Qué suerte tenía Whitfield de ser soltero con una casa lo suficientemente cerca como para poder irse. No tenía que responder ante nadie, y nadie notaría sus idas y venidas o si llegaba a salvo. —Deja que haga traer un carruaje para llevarte a casa.

—No es necesario. —Whitfield volvió a entrar en la biblioteca, se envolvió el cuello con una

bufanda, se puso el abrigo y los guantes y se colocó un grueso gorro de lana en la cabeza—. El corto paseo siempre es vigorizante. Llegaré tarde mañana —dijo mientras llegaban al frío vestíbulo de entrada.

Un sirviente había dejado una linterna cubierta en la mesa del vestíbulo para su vecino, así que Nicolas la encendió con un par de velas y se la pasó. —¿Cuánto tardarás?

Whitfield se encogió de hombros. —No estoy seguro. Pero ciertamente avisaré si veo que no puedo llegar a la cena.

Desconcertado, Nicolas lo siguió hasta la puerta y lo dejó salir al frío aire nocturno. Whitfield había prometido que no tenía otros planes para esta semana y que estaría disponible todos los días y noches. Si no estuviera presente mañana, Nicolas tendría que lidiar con las damas por su cuenta. Un pensamiento deprimente, sin duda. —¿Qué vas a hacer allí?

—Te lo haré saber después de que termine tu fiesta en casa —dijo con una sonrisa pícara—. Trata de disfrutar lo que queda de tu noche —gritó mientras se alejaba.

Nicolas se estremeció por el frío mientras observaba a Whitfield caminar pesadamente por el sendero del jardín que conducía a su casa cercana. Estaba tentado de seguirlo, solo para evitar otra hora de absoluto aburrimiento. El único punto brillante de su noche era que después de que Jessica dijera buenas noches, solo tendría una responsabilidad más.

Después de su conversación nocturna habitual con la señora Thorpe, cuando solo hablaban de Jessica, finalmente podría irse a la cama y olvidar que tenía visitantes.

Jessica lo saludó en la puerta del salón y lo abrazó. —Buenas noches.

—¿Tan pronto, Ratoncita?

Jessica asintió, ocultando un bostezo detrás de su mano. —Me siento muy somnolienta esta noche.

Se alejó, con la señora Thorpe siguiéndola a paso rápido.

Tomó asiento, pero sabía por experiencia que la señora Thorpe volvería abajo en exactamente quince minutos. La puntualidad era su sello distintivo. Había hecho maravillas con la tardanza de Jessica con su ejemplo. Con suerte, ese hábito continuaría en su matrimonio.

La fiesta terminó poco después y se despidió de todos, deseándoles buenas noches, y huyó a su estudio, contento de tener unos momentos para ordenar sus pensamientos antes de su cita nocturna habitual.

Sacó el expediente de empleo de la señora Thorpe del cajón de su escritorio y lo estudió por centésima vez. Gillian Thorpe lo intrigaba mucho más de lo que debería. Ya era viuda cuando se conocieron en la casa de su hija. Había sido rescatada de una mala situación y empleada como dama de compañía allí por un tiempo. Nicolas la había empleado el día que la conoció, principalmente porque le impresionó su naturaleza directa y su disposición a reír.

Meses de proximidad y conversaciones compartidas habían sugerido que era muy tímida con los caballeros. No coqueteaba, pero parecía agradarle. Y no alentaba a nadie a pensar que podría extralimitarse en su posición. Sabía muy poco sobre su vida antes de convertirse en dama de compañía, aparte de que había sido esposa una vez.

La señora Thorpe se había integrado suavemente en el hogar desde el principio, sin olvidar nunca que su única preocupación era la felicidad de Jessica. Rara vez dejaba la propiedad y él se alegraba de ello. La idea de perder a la señora Thorpe iba en contra de sus expectativas. No podía prescindir de ella por el bien de Jessica.

—¿Su gracia?

La señora Thorpe estaba de pie en la puerta con una tímida sonrisa en los labios.

El corazón de Nicolas latió un poco más rápido al ver esa sonrisa. —Sí, pase por favor.

Rápidamente guardó el expediente en su cajón antes de que ella viera su nombre en la portada y controló sus rasgos para no revelar nada de sus pensamientos. Un día Jessica se iría, y también lo haría la imperturbable señora Thorpe.

—Jessica ha tenido un día maravilloso —comenzó la señora Thorpe, pasando rápidamente a explicar en detalle los pormenores de sus actividades.

La señora Thorpe siempre hablaba con suavidad, y a él le encantaba oírla reír. La admiraba. Le agradaba. Se había vuelto importante para Jessica, y también para él. Le gustaría conocerla mejor. Le *gustaría* besarla. Ella lo atraía sin siquiera intentarlo.

Se movió en su silla, pero le resultaba difícil retener una palabra de lo que ella decía esta noche, porque no podía dejar de preguntarse si había cometido un error. Durante los últimos meses, creía que estas reuniones nocturnas eran para asegurarse de la felicidad de su hija, sin darse cuenta de que tal vez solo estaba robando tiempo para estar a solas con una compañera para sí mismo.

Dioses, era un viejo tonto.

Y uno nervioso. Se movió para sentarse en el borde delantero del escritorio mientras ella continuaba hablando sin tener idea de lo que él realmente pensaba sobre ella. Tenía que admitir que cuanto más la observaba hablar, más hambriento se volvía por probar sus labios.

Probablemente era un error desear, esperar, que no fuera rechazado si intentaba besarla. Había pasado una eternidad desde la muerte de su esposa y años desde que se había permitido cualquier tipo de aventura romántica. Temiendo estar mirándola fijamente, buscó a tientas en su bolsillo un pañuelo y tocó algo más.

Retiró la mano.

—¡Que me lleve el diablo!

—¿Su excelencia?

—Oh, um. Perdóneme. Es *muérdago*. Otra vez. —Miró fijamente el ramito, preguntándose cómo y cuándo le habían regalado este causante de travesuras—. Yo...

Miró a Gillian Thorpe. Ella había sido la última persona en estar cerca de él. De hecho, era la última mujer que había estado en sus brazos, aparte de Jessica. La mujer apartó la cara, pero él alcanzó a ver que sus mejillas se sonrojaban.

—Si no hay nada más, me retiraré —susurró ella.

Gillian Thorpe le había plantado muérdago y ahora era demasiado tímida para llevarlo a cabo.

—En realidad —dijo Nicolas mientras sostenía el muérdago sobre la cabeza de ella. Si quería un beso navideño, ¿quién era él para negárselo?—, hay una cosa. Feliz Navidad, señora Thorpe.

Se inclinó hacia adelante lentamente, dándole tiempo a la mujer para huir en caso de que hubiera cambiado de opinión sobre los besos. Cuando ella simplemente lo miró con los ojos muy abiertos, él cerró la distancia entre ellos y presionó sus labios contra los de ella. La besó muy suavemente, mordisqueando lentamente hasta que ella suspiró.

Gillian se inclinó hacia él, su mano se elevó para tocar su mandíbula, y luego deslizó sus dedos entre su cabello.

Nicolas se encendió en llamas.

Capturó su rostro, acercándolos peligrosamente. Su simple beso bajo el muérdago se convirtió en mucho más de lo que estaba preparado, muy rápidamente. Tenía su lengua en la boca de ella, sus palmas deslizándose hacia sus pechos, antes de recobrar el sentido.

Rompió el beso para disculparse, jadeando con fuerza.

—Perdóneme, señora Thorpe. Me he olvidado de mí mismo.

Ella se levantó lentamente, se aferró al respaldo de su silla y, sin mirarlo, asintió.

—Buenas noches, su excelencia.

—Hasta mañana, señora Thorpe.

No fue hasta que ella se había ido que pudo respirar correctamente.

Dios mío. Su miembro estaba tan duro como una estaca de hierro por ese único beso.

¿Qué demonios iba a hacer ahora? Realmente no se arrepentía de ese beso. Había pasado tanto tiempo y había sido tan encantador. Lo había disfrutado y creía que, aparte de un poco de vergüenza después, ella también.

Se pasó los dedos por el cabello, sin saber si necesitaba disculparse o no. Y ahora que había besado sus dulces labios, ¿cómo se suponía que iba a resistir el deseo de volver a hacerlo?

CAPÍTULO CUATRO

Gillian miraba por la ventana, observando a Jessica y la señora Warner pasear por los nevados jardines con lord James. Estaba sumamente molesta. La habían engañado para que saliera de la habitación, y al regresar descubrió que la señora Warner se había llevado a Jessica afuera sin invitarla a ella también. Al duque no le agradaría si descuidaba sus deberes. Por supuesto, la señora Warner era sin duda una chaperona adecuada, pero Gillian la consideraba completamente parcial hacia el probable cortejo de lord James.

—Ah, aquí está, señora Thorpe —exclamó el duque de Stapleton.

—Buenos días, su excelencia —murmuró ella, tratando de no sonrojarse.

Él sonrió suavemente mientras se acercaba. —Qué afortunado soy de encontrarla en este lugar apartado. ¿Me estaba esperando?

Gillian se sonrojó profundamente. Estaba frente a la puerta de su estudio, así que por supuesto podría parecerle eso a él. Después de todo, se habían besado. Él podría imaginar que ella querría hacerlo de nuevo.

A juzgar por la forma en que la miraba ahora, no parecía preocupado de que ella pudiera estar persiguiéndolo. Lo cual no estaba haciendo. Deseaba desesperadamente que él olvidara que se habían besado. —Le aseguro que no fue intencional. Quería ver si el clima afuera había mejorado lo suficiente para dar un corto paseo. Oh, mire —dijo rápidamente—, allí está por fin el señor Whitfield, uniéndose a sus hijas para dar un paseo por los terrenos.

—Lo envié para poner fin al intento bastante transparente de mi hija de hacer de casamentera —prometió Stapleton mientras rozaba su costado—. Perdóneme por bromear con usted hoy. Sé que es el modelo de la propiedad.

—Intento serlo, su excelencia.

Lo intentó y falló anoche, de manera bastante espectacular, de hecho. Gillian no había dejado de pensar en su empleador desde su beso, y de formas en las que no se suponía que debía considerarlo. Era muy probable que pudiera haber compartido su cama, si no hubiera estado aterrorizada por el gran riesgo que había corrido con su reputación.

Él miró detrás de ellos. —No debería haberla besado anoche.

Ella se sobresaltó. —Pero lo hizo. ¿Por qué?

Él pareció desconcertado. —Me aproveché de que usted había puesto muérdago en mi bolsillo.

Sus ojos se abrieron al darse cuenta de lo que debió haber sucedido. ¡Jessica debió haberlo puesto en el bolsillo de su padre cuando le dio las buenas noches! —Yo no puse muérdago en su bolsillo.

Gillian se llevó la mano a los labios. El beso había sido un error, y lo pagaría de alguna manera. —Debe pensar lo peor de mí, pero conozco mi lugar.

—Su lugar es exactamente donde está. —La estudió, y ella se acaloró bajo la intensidad de su mirada—. No hizo nada malo a mis ojos.

—Si usted lo dice, pero me temo que otros no estarían de acuerdo.

—Lo de anoche fue demasiado breve para justificar una incomodidad duradera entre nosotros, pero me disculpo si quedó insatisfecha. Su esposo habría tenido mucho más tiempo para hacer un mejor trabajo besándola.

Le tomó un segundo entenderlo, y luego se sonrojó aún más. Le había dejado creer que había estado felizmente casada cuando se conocieron, pero la mentira había vuelto para atormentarla de la peor manera. La verdad era demasiado humillante para compartirla. —Oh, sí. Sí, él era muy bueno en eso.

Él la miró fijamente, y luego su sonrisa se ensanchó. —Yo soy mejor.

Ella abrió la boca sorprendida. —Ningún caballero debería decir tal cosa.

—Duque puedo ser, pero ¿alguna vez he afirmado ser un santo, señora Thorpe?

Gillian negó con la cabeza. —Nunca imaginé que lo fuera.

—Bien. —Se inclinó y reclamó sus labios en un beso feroz que le quitó el aliento.

Gillian se aferró a él mientras sus rodillas se debilitaban. A pesar de su experiencia previa con el duque, no estaba preparada para este asalto a sus sentidos. Sus brazos la rodearon, atrayéndola cerca. La besó profundamente, tirando de sus labios y moviéndose constantemente contra su cuerpo. Gillian levantó los brazos temblorosos alrededor de sus hombros mientras sus piernas amenazaban con ceder. ¿Algún beso robado había sido alguna vez tan completamente entregado?

Él se apartó un poco para hablar. —Usted y yo necesitamos un poco de privacidad.

Aunque no debería estar de acuerdo, asintió de todos modos, sintiéndose emocionada cuando él le tomó la mano y tiró.

Gillian fue conducida a su estudio, y las puertas fueron cerradas y aseguradas. Stapleton se volvió, capturó su rostro y procedió a besarla hasta dejarla sin sentido una vez más contra la dura puerta de madera. Se encontró encaramada sobre sus rodillas diez minutos después, con los dedos de él en su cabello, sus labios tirando de los de ella. Se pellizcó, preocupada de que pudiera estar soñando esto.

Se apartó. —Oh, Dios mío.

—¿Entonces puedo reclamar la distinción de besarla mejor de lo que lo hizo su esposo alguna vez?

—Oh, sí. —Se removió. Él había prometido que no quería saber sobre su matrimonio. Nunca había sabido que existieran tales besos. Wallace ciertamente no la había besado así—. En efecto, ha sido bastante minucioso al respecto.

Él rió suavemente. —Esperaba que no fuera demasiado difícil complacerla.

Le besó la mejilla, y luego la garganta. Gillian se estremeció y se aferró a él mientras la recostaba lentamente sobre el diván en el que estaban sentados.

Mientras él se cernía sobre ella, Gillian entró en pánico. Lo empujó y luchó por escapar de sus manos aferradoras. —¿Qué he hecho?

Una de las estipulaciones en las que lord Stapleton había insistido era que Gillian compartiera su conocimiento sobre las delicias del lecho matrimonial con Jessica, para preparar a la joven. Había dicho que quería que Gillian tomara el lugar de su madre para explicar cada faceta de la vida matrimonial. Gillian había evadido bastante el tema de su experiencia en ese

momento, sintiendo una aguda vergüenza. Gillian *había* estado casada, con un hombre veinticinco años mayor que ella, pero no había encontrado su breve experiencia en el lecho matrimonial nada deliciosa. Wallace nunca la había besado con tanta pasión.

No podía dejar que Stapleton descubriera que no era tan experimentada como le había prometido.

Su trabajo dependía de mantener el decoro. Se aferró al respaldo de una silla en busca de apoyo. Era la acompañante de Jessica, no la suya.

Hubo silencio detrás de ella durante muchos minutos antes de que Stapleton suspirara pesadamente. —No ha hecho nada malo, señora. Yo soy enteramente culpable una vez más.

Ella fue incapaz de mirarlo. Necesitaba este puesto, y no podía dejar a Jessica sola frente a las maquinaciones de su hermana. —Lo entiendo perfectamente. Fue el muérdago.

—Y usted. —Stapleton se acercó y puso sus manos suavemente sobre sus hombros. Aunque ella se estremeció, sus manos permanecieron firmes sobre su piel—. Muchas gracias por el beso, señora Thorpe. Fue delicioso, como todo lo que usted hace. No la retendré más si desea irse.

CAPÍTULO CINCO

Nicolas no estaba acostumbrado a sentirse frustrado por hermosas viudas. Normalmente, ellas anhelaban su compañía y jamás soñarían con rechazar sus avances.

Pero esta en particular estaba a su servicio y, hasta ahora, había demostrado ser una digna adversaria.

Gillian Thorpe estaba haciendo todo lo posible por mantener la distancia entre ellos. Se había apartado deliberadamente de su camino en numerosas ocasiones durante los últimos dos días, y él estaba más que divertido por su nueva timidez.

Si ella no deseaba más besos de su parte, bien. Jamás perseguiría a una mujer que no lo quisiera. Pero le preocupaba que pareciera bastante avergonzada por lo que habían compartido hasta ahora.

Aunque hubiese estado casada y afirmara tener la experiencia suficiente para guiar a Jessica, estaba fuera de su elemento cuando se trataba de la pasión que él había descubierto en su beso.

Eso no disuadía a Nicolas de buscarla a cada momento, solo por el placer de su tranquilizadora compañía.

Era muy poco característico de él. No podía explicar su interés ni su deseo de que Gillian Thorpe se sintiera tan cómoda a su alrededor como lo había estado antes del primer beso. Con ese fin, había registrado la casa en busca de la mujer y, por supuesto, la encontró a la sombra de Jessica.

Se deslizó en la sala de música y cerró la puerta silenciosamente, sabiendo que la práctica de piano de su hija cubriría el sonido de su llegada.

Su presa estaba absorta en la vista desde la ventana, pero sus dedos flotaban sobre sus labios.

Esperaba que estuviera pensando en sus besos porque él soñaba con los de ella. A pesar del rechazo, aún la admiraba mucho.

Y sin embargo, no podía permitirse perderla de su servicio.

Gillian Thorpe era esencial, tanto para la felicidad de su hija como para su propia tranquilidad.

Bajo la atenta mirada de Gillian Thorpe, Jessica ganaba confianza en sus habilidades cada día, lo que lo aliviaba enormemente por haberla encontrado. Jessica tocaba maravillosamente, pero su temperamento volátil significaba que se tomaba las críticas muy a pecho. Cuando Jessica debutara en sociedad, su comportamiento estaría bajo el escrutinio de todos. Una rabieta en público estaba totalmente fuera de cuestión.

La música se detuvo de repente.

—Papá.

Jessica voló a través de la habitación y se lanzó a sus brazos.

Nicolas la abrazó y besó la parte superior de su cabeza, su corazón lleno de amor por el regalo que era su hija menor. Eran momentos como estos los que le hacían temer que Jessica se fuera. Había crecido completamente ajena a su posición en la sociedad. Nunca había usado su título de dama para sentirse superior a nadie de rango inferior. Amaba a todos por igual, dependiendo solo del tiempo que los conociera.

—Buenos días.

—¿Me escuchaste tocar?

—Por supuesto. Fue tan bueno que por un momento juré que era la señora Thorpe quien tocaba el instrumento.

Gillian Thorpe tocaba muy bien, pero no con frecuencia. Insistía en que Jessica tuviera todas las oportunidades de practicar y recibir elogios, así que rara vez tocaba ella misma, excepto cuando encontraban un pasaje difícil en la música que debía practicarse.

—Oh, ella sigue sin querer —Jessica lo arrastró hacia el piano—. Convéncela por mí, papá. O mejor aún, toca un dueto con Gillian como lo hiciste una vez.

Sonrió, agradeciendo silenciosamente al destino por una excusa para quedarse. Sentarse al lado de Gillian y reconstruir su confianza era imperativo.

—¿Me haría el honor, señora Thorpe?

Sus ojos se dirigieron hacia la puerta, pero asintió. Nicolas esperó a que ella tomara asiento frente al instrumento y luego se acomodó a su lado en el estrecho banco.

—¿Qué le gustaría tocar, su excelencia?

—Cualquier melodía alegre servirá —sonrió, pero era demasiado consciente de su proximidad—. La última vez creo que no toqué muy bien. Me gustaría mucho tener otra oportunidad de impresionarla.

No solo se refería al dueto.

Quería besarla de nuevo, muchísimo, si ella le diera otra oportunidad. Si no, quería recuperar su fácil compañerismo.

Pero con su hija presente, actuando involuntariamente como su carabina, el dueto tendría que servir para empezar.

Gillian comenzó a tocar, sus dedos deslizándose ligeramente sobre las teclas y produciendo las más maravillosas sensaciones en él. Había tocado la pieza antes, y encontró su lugar y comenzó, tocando contra su ligereza con su propia música.

Desde el inicio de su relación, Nicolas había luchado por no dar demasiada importancia a sus similitudes. Ambos tocaban el pianoforte excepcionalmente bien, disfrutaban del silencio, tenían gustos similares en libros y, por lo que sabía, Gillian patinaba. Algo que a él le gustaba hacer a menudo cuando el lago se congelaba. Desafortunadamente, el clima no había sido propicio para una salida hasta ahora.

—El capataz de los jardines considera que es seguro organizar una expedición de patinaje mañana —murmuró.

Jessica aplaudió y luego se apoyó contra el instrumento.

—No puedo esperar para mostrarle a Gillian nuestro lugar especial.

Él echó un vistazo a la acompañante, esperando ver interés. Los dedos de la señora Thorpe volaban sobre las teclas, pero su labio inferior estaba atrapado entre sus dientes.

Se inclinó un poco hacia ella.

—Por favor, diga que vendrá a patinar con nosotros.

—Sí, venga —dijo Jessica, radiante de emoción—. Usted dijo que patinaba todos los días

cuando era niña. Tal vez tenga más posibilidades de seguirle el ritmo a papá que yo.

Gillian se sonrojó.

—Hace mucho que perdí mi habilidad, pero si debo caerme en público para su diversión, seguramente iré con ustedes.

—Nunca dejaría que se cayera —prometió Nicolas, sonriendo de oreja a oreja—. Algunas experiencias no se olvidan fácilmente. Con un poco de práctica estará bien. De hecho, estoy muy ansioso por ver si es una compañera tan competente en el hielo como sugería la referencia de Lady Holsworthy.

Ella se sonrojó.

—Haré lo mejor que pueda, su excelencia, pero no me culpe si los elogios de Lady Holsworthy excedieron con creces mis habilidades reales.

—Nunca me ha decepcionado —prometió él.

Terminaron el dueto en silencio, Nicolas consciente de que estaba muy ansioso por el día siguiente. Él también había pasado muchos días deslizándose sobre el hielo en su infancia. Era una forma de escapar, muy parecida a montar a caballo a toda velocidad, con solo su propia voluntad dirigiendo su rumbo. Le gustaría ver si podía impresionar a Gillian.

Ella se levantó rápidamente cuando llegaron al final de la pieza. —Si nos disculpa, su excelencia. La señora Warner y la señora Hawthorne esperan a Jessica en el salón en cualquier momento.

—Un momento —dijo Nicolas para retrasar su partida. Como Jessica ya se había dirigido hacia la puerta, bajó la voz—. No acudió a nuestra cita habitual anoche. Lamenté no haber podido hablar con usted sobre mi hija.

Ella bajó la mirada. —Me disculpo, su excelencia. Jessica y yo hablamos hasta muy tarde.

Él estudió su rostro, sin estar seguro de si eso era verdad o no. No quería forzarla a estar en su compañía, pero eventualmente tendría que hacerlo. Dependía de Thorpe para mantenerse informado sobre los estados de ánimo y caprichos de Jessica. No podía permitir que lo evitara por miedo. —Me gustaría hablar con usted en privado esta mañana entonces.

—Por supuesto —Parecía nerviosa, pero asintió—. Permítame acompañar a Jessica y regresaré en media hora.

—A mi despacho, si es tan amable —Nicolas se dio la vuelta, con el pulso acelerado por el nerviosismo y la emoción. Evitarse mutuamente podría volverse tedioso. No podían seguir así—. La estaré esperando.

CAPÍTULO SEIS

El corazón de Gillian latía con fuerza mientras permanecía sola en el silencioso despacho de Stapleton, jugueteando con el cordón de una de las dos sillas para visitantes colocadas frente a su escritorio. Siempre había hablado con su empleador por la noche, mucho después de que su inquisitiva hija se hubiera retirado a su cama, y se sentía increíblemente culpable por no haberse reunido con él la noche anterior. Había tenido miedo de venir por si ponía a prueba su determinación de ignorar su atractivo.

Aún no estaba segura de poder hacerlo. Ignorar a Stapleton había sido lo bastante difícil sentada junto a él en el pianoforte, incluso con Jessica en la habitación. Sabía lo que él quería cuando le sonreía con tanta calidez. Más besos y otras cosas.

Gillian estaba asustada y era una tonta. Quizás no pudiera negárselo cuando quería volver a estar entre sus brazos. Había sido incorrecto pero celestial. Esperaba poder superar esta reunión sin tartamudear ni sonrojarse.

—Perdóneme por no estar aquí cuando llegó, señora Thorpe —comenzó Stapleton mientras entraba a zancadas en la habitación—. Los invitados charlan sin cesar. Por favor, siéntese.

Gillian se hundió en una silla frente a su escritorio, esperando, deseando, que él se sentara en su lugar habitual detrás de este para poder calmar su acelerado corazón.

Él eligió la otra silla, la que estaba a su lado frente al escritorio, pero entrelazó las manos entre sus rodillas separadas. Su rostro estaba tan serio que ella se sintió débil de temor.

—Me pregunto si le debo una disculpa —susurró él.

Ella tragó saliva.

—¿Por qué?

—Normalmente no respondo a los desafíos, pero por mi comportamiento, no puedo ofrecer otra explicación o excusa. Me resulta embarazoso pensar ahora que usted podría haberse sentido presionada a dejarme salirme con la mía.

Su disculpa le dolió porque era tan innecesaria.

—Podría haberlo detenido fácilmente.

Él la miró fijamente, y luego una esquina de sus labios se elevó en una lenta sonrisa.

—E hizo todo lo contrario.

Gillian frunció el ceño, apartándose un poco de él.

—¿Qué dice eso de mí?

—¿Qué dice eso de ambos? Éramos dos personas besándose.

—En efecto.

—Y bastante bien, debo decir —rio suavemente, y el sonido familiar la tranquilizó—. Tan

bien que me pareció que nos habíamos besado antes.

¿Estaba intentando bromear con ella? Lo miró fijamente, viendo su sonrisa vacilante.

—Pero ciertamente nunca lo hemos hecho, ni lo hemos pensado.

—Hasta ahora —sus ojos brillaron con un nuevo calor cuando la miró—. Quizás se sintió tan fácil porque nos conocemos desde hace tanto tiempo.

—Apenas nueve meses desde que nos conocimos en casa de su hija Fanny, y desde que comenzó mi empleo aquí, la mayoría de esos días y semanas los pasamos con su hija entre nosotros —susurró ella, sintiéndose tan acalorada y turbada como cuando sus labios habían estado presionados contra los de ella.

Él frunció los labios y luego sonrió.

—Jessica ha sido una excelente carabina hasta ahora, ¿no cree?

—Usualmente, sí —Gillian lo miró de reojo, preguntándose qué pensaría de ella—. No me debe ninguna disculpa, su gracia —le aseguró—. No estoy ofendida, si usted no lo está por mi atrevimiento al permitirlo.

—Me pareció que su beso fue dulce. Muy emocionante. No he podido dejar de pensar en usted entre mis brazos, y me disculpo si esa confesión la incomoda.

Ella encontró su mirada y vio la incertidumbre que ella sentía también en sus ojos.

—Yo tampoco he podido dejar de pensar en usted.

Él sonrió.

—¿Qué haremos al respecto? Jessica no está aquí. Somos solo nosotros dos solos en una habitación privada. Dos viudos sin otros enredos románticos que se interpongan. ¿Deberíamos explorar esto o volver a como eran las cosas antes?

—¿Quiere que yo decida? —el pulso de Gillian se aceleró al ver que le daba a elegir. Sin embargo, no era una pregunta justa. Sabía que lo deseaba. Estaban en una habitación con tres sillas, un escritorio, un diván y una alfombra frente a la chimenea. ¿Habría alguna manera de que un hombre y una mujer hicieran el amor cómodamente en un lugar así? Se acaloró solo de pensar en la posibilidad—. ¿Es lo suficientemente privado?

—El personal está ocupado en otra parte, y mis invitados están entretenidos al otro lado de la casa con Jessica y Rebecca —susurró él con voz ronca—. Me aseguré de que no hubiera ociosos en el pasillo cuando entré para hablar con usted.

Gillian lo miró bruscamente.

—¿Así que tiene planes para mí?

—Ningún plan —la rápida sonrisa que esbozó lo hizo parecer mucho más joven de lo que era —. Pero si usted hubiera sentido la necesidad de reprenderme por mi anterior impertinencia, quería asegurarme de que nadie más lo oyera.

—¿Impertinencia?

Él se mordió el labio inferior e hizo una mueca.

—¿Coqueteo?

Un calor cegador cubrió su piel.

—Ese beso fue mucho más allá del coqueteo, su gracia.

—Nicolas —sugirió—. Si no le molesta que lo diga, me gustaría besarla así de nuevo ahora mismo.

Su corazón dio un vuelco. *Nicolas*. Su nombre mismo la estremecía. Su pulso se aceleró. Le estaba ofreciendo la oportunidad de ser su amante o rechazarlo si la idea le desagradaba. Gillian lo deseaba, pero temía cómo podrían cambiar las cosas si lo admitía.

—Quizás deberíamos hablar de mi hija ahora —dijo él mientras su sonrisa se apagaba—.

Cuénteme sobre ayer, como siempre hace.

Se reclinó con naturalidad y cruzó los tobillos. La postura sugería que no tenía prisa por reanudar el *coqueteo* con ella en breve.

Gillian reunió su ingenio.

—Jessica se divirtió mucho. Temprano esa mañana caminamos por el sendero para hacer ejercicio con Lord James, y el señor Whitfield se nos unió para el viaje de regreso. Después del almuerzo, se jugó una animada partida de charadas, y aunque Lord James se esforzó mucho, fue el señor Whitfield quien ganó el día, adivinando la mayoría de los personajes de Jessica.

—No ha podido engañarlo desde que tenía nueve años —dijo el duque con sequedad, seguido de una rara risa suave que hizo que se le erizara la piel. Stapleton tenía la risa más cálida de todos los que conocía. El sonido la atraía, pero siempre era cautelosa de no pasarse de la raya con su opinión personal de que Whitfield tenía más que un interés pasajero en su pupila.

—Parecen hacer buena pareja.

Stapleton se limitó a sonreír.

—Y después de la cena, ¿qué tema se discutió más entre las damas?

—La próxima temporada —observó su rostro con atención—. Vestidos, entretenimientos, modistas... solteros en busca de esposa.

Como había anticipado, Lord Stapleton se retrajo físicamente. Por mucho que pudiera expresar su entusiasmo por el debut de su hija con todos los demás, en privado con Gillian, ella había notado que estaba menos que entusiasmado con la idea. Ni el padre ni la hija parecían estar preparados para el espectro de la inminente separación que traería consigo un matrimonio.

—Supongo que la señora Warner dirigió esa conversación.

—Lo hizo, pero la señora Hawthorne se mantuvo firme en el tema de los escotes durante la primera temporada.

—¿Escotes?

Gillian hizo un gesto con la mano frente a su pecho.

—Cuánto escote debe mostrar una joven para evitar parecer atrevida en su primera temporada.

—¿Ese es el tipo de conversación que debes soportar cada noche? —Hizo una mueca—. En momentos como este, lamento ser hombre.

—¿Por qué?

—Como hombre, disfruto de un escote bajo. Pero como padre, siento todo lo contrario.

Gillian se rio y luego se dio cuenta de que, a pesar de haber besado a Stapleton, seguían siendo las mismas personas. Ya no había incomodidad entre ellos.

—Estoy segura de que la mayoría de los padres se enfrentan a ese dilema.

—¿Cuál es su consejo, señora Thorpe?

—¿Sobre los escotes? Que deje esas decisiones a su modista actual. La mujer tiene un gusto excelente.

—Sin duda tiene razón, como en tantas otras cosas. —Su sonrisa regresó—. Bueno, si no hay nada más, no debería entretenerla.

Se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse, algo que nunca había hecho antes. Cuando Gillian deslizó su palma sobre la de él, la sujetó con suavidad. Ella podía marcharse y a él no le importaría que lo hubiera rechazado.

O podía quedarse y descubrir si hacía todo tan bien como besaba.

Se levantó y mantuvo su mano en la de él, pero su corazón latía con fuerza en sus oídos.

Nicolas hizo una pausa y luego inclinó la cabeza lentamente hacia la de ella. Sus labios se

rozaron, un toque fugaz, pero fue suficiente para encender un fuego en su interior. Gillian deslizó sus manos por los antebrazos de él hasta que la abrazó.

—Ah, Gillian —susurró entre besos—. Me honras.

Gillian rodeó su cuello con los brazos y se entregó a la pasión de Nicolas. Su agarre era fuerte alrededor de su cuerpo, sus manos lentas al explorar sus curvas. No podía acercarse lo suficiente, y cuando sus labios dejaron los de ella y su aliento caliente rozó su garganta, gimió.

—Shh —susurró él. Pero sus besos se volvieron más audaces, el roce de su lengua más insistente al explorar su boca, hasta que Gillian apenas podía hilvanar dos pensamientos.

Sus manos acunaron sus pechos y ella jadeó cuando le quitó el chal.

La sentó con suavidad en una silla y se arrodilló frente a ella sobre la alfombra. Luego hundió su rostro entre sus pechos.

—Escotes —susurró, y luego rio mientras agarraba su vestido por los hombros y tiraba suavemente para bajarlo.

Su aliento era cálido y jadeante contra la parte superior de sus pechos. Gillian enredó sus dedos en su cabello mientras él revelaba un pezón. Cuando sopló sobre la rosada cima, ella casi se lanzó sobre él. Wallace solo los había sostenido con sus manos secas, y solo en su cama por la noche. Ya estaba completamente fuera de su elemento con Nicolas, pero disfrutaba cada momento.

—Paciencia —susurró él justo antes de tomar su pezón en su boca. Cuando succionó, ella ahogó un gemido, asombrada de lo increíblemente bien que se sentía ser amada.

Nicolas la hacía desear que su matrimonio hubiera sido diferente. Su esposo simplemente levantaba su ropa de dormir y empujaba rápidamente dentro de ella unas cuantas veces antes de gemir y darse la vuelta para quedarse dormido inmediatamente después. Toda su experiencia en el lecho conyugal había durado apenas unos minutos cada vez.

Diecisiete veces, para ser precisos.

No le importaría la prisa de *Nicolas*. No era una esposa sino una amante, y estaba tan impaciente como parecía estarlo Nicolas. Lo ayudó a quitarse el abrigo cuando comenzó a luchar para sacárselo pero quedó atrapado por las mangas ajustadas.

Una vez libre, Gillian agarró sus hombros nuevamente mientras él se hundía más abajo. Sus labios estaban en su rodilla, sus manos recorriendo sus muslos cuando brevemente recuperó la cordura.

—La puerta.

—Cerrada con llave —Tiró de ella hacia adelante hasta que quedó sentada en el borde de la silla. Sus dedos la provocaron entre las piernas hasta que ella jadeaba de sorpresa y anticipación.

Nicolas se mordió el labio de nuevo antes de murmurar:

—¿Te importa si te complazco primero?

Gillian negó rápidamente con la cabeza sin saber realmente lo que él estaba sugiriendo. Podía tocarla donde quisiera, o tendría que imaginarlo haciéndolo más tarde cuando estuviera sola en su habitación.

Él bajó la cabeza y sus labios acariciaron sus muslos internos, y entonces...

—Dulce misericordia —susurró ella cuando él lamió su sexo con la lengua.

Él empujó sus piernas más separadas, hasta que ella quedó completamente abierta y expuesta ante él. A pesar de la sorpresa, era maravilloso. *Él* era maravilloso. Una oleada de pura sensación y perversidad llenó su cuerpo y la hizo retorcerse. Gillian observó a Nicolas saborearla y provocarla con ojos entrecerrados, sin atreverse a cerrarlos por completo en caso de que se detuviera.

Pero lo que le hacía era increíble. Se sentía demasiado grande para su piel, demasiado lejos de la de él. Tiró de él justo cuando hizo algo que volvió loco a su cuerpo. Se sacudió y gritó, ahogando su boca con su brazo.

Jadeando en busca de aire, se desplomó en la silla, sin fuerzas y abrumada por el amor del Duque de Stapleton.

Nicolas sostenía las piernas de Gillian por las rodillas, y ella no sintió vergüenza por ello. Nunca había disfrutado de la intimidad hasta ahora. Tampoco había sabido lo que le faltaba a su matrimonio antes.

Soltando una pierna, Nicolas se desabrochó los pantalones, se metió la camisa bajo el chaleco de brocado y luego presionó lentamente dentro de ella.

A su cuerpo hipersensible le tomó un momento adaptarse, y luego se deleitó con sus poderosas embestidas, con su fuerte agarre en sus muslos y la expresión brillante y llena de lujuria en sus hermosos ojos mientras tomaba su placer.

Esto no era el deber que había soportado para su esposo. Era algo más, más allá de su experiencia.

Él le sujetó la cabeza y sostuvo su mejilla en la palma de su mano cuando finalmente disminuyó el ritmo. Sonrió.

—Tan bueno y fácil. ¿Estás segura de que no nos hemos acostado antes?

Gillian tomó la pregunta como estaba destinada: como una broma para prolongar su pasión. Se rio suavemente y rozó sus labios contra su palma.

—Habría recordado lo muy bueno que eras si eso fuera cierto.

Él sonrió, cerró los ojos y exhaló, como si estuviera en el cielo haciéndole el amor. Encontró un nuevo ritmo, lo suficientemente fuerte como para moverla hacia atrás con cada embestida, lo suficientemente profundo como para que su propio deseo se reavivara repentinamente.

Ella se estiró para tocar su rostro, anhelando más de él.

—Tan bueno, Nicolas.

Él debió haber visto algo en su expresión, porque tocó su sexo una vez más, provocando el pequeño botón en el ápice de su hendidura con habilidad y persistencia.

—¿Otra vez?

Gillian movió las caderas, obteniendo nuevas sensaciones con el ligero cambio de posición. Unas sensaciones excitantes que la llevarían de nuevo a ese momento de intenso placer. ¿Cómo lo lograba él cuando su propio marido la había dejado sintiéndose solo vacía y dolorida?

—¡Sí, creo que sí! —exclamó ella.

Se acercaron más, frotándose juntos. Ella mantuvo su mirada fija en la de él, y luego su cuerpo se curvó sobre sí mismo, y volvió a elevarse, gritando de sorpresa al momento siguiente.

Nicolas atrapó su grito con la boca y se quedó con ella hasta que se calmó.

De repente, él retiró las caderas, y luego sus manos abandonaron la piel de ella.

—Gillian —jadeó, respirando con dificultad mientras derramaba su semilla lejos de ella.

Ella permaneció como él la había dejado, y luego bajó los pies lentamente para sentarse con cuidado. Por una vez, no había molestia, sino un agradable dolor donde este hombre había estado unido a ella.

Nicolas se apartó, se arregló y luego se sentó sobre sus talones.

—Ahora lo hemos hecho —dijo él.

Ella sonrió, disfrutando de su cálida sonrisa y presencia. Debería sentirse culpable, lasciva, decididamente perversa. Pero no sentía nada de eso, solo satisfacción por haber sido valiente.

—Lo hemos hecho. Y muy bien hecho, además —respondió ella.

Él se inclinó para besarla rápidamente.

—Un placer —dijo él.

Gillian acunó su rostro por un momento, sintiendo emociones que no debería experimentar por el hombre que la sostenía. Por muy talentoso que fuera en las artes del dormitorio, era imperativo que no confundiera este momento. Él era un duque y ella una dama de compañía pagada. No podían tener ningún futuro juntos más allá de lo carnal. Era solo lujuria y soledad lo que los unía.

—Si no hay nada más, su excelencia, debería volver a mis deberes —dijo ella.

Él asintió, su sonrisa desvaneciéndose.

—Entonces, ¿no diremos nada de esto? —preguntó él.

—En efecto. Será nuestro secreto para siempre.

Él se puso de pie, gimiendo y frotándose las rodillas. Pero extendió su mano para ayudarla a levantarse, repitiendo el momento que los había llevado a su aventura. Gillian agradeció su apoyo y se aferró a su mano un momento más de lo estrictamente necesario. Sus piernas se sentían decididamente débiles. Había pasado mucho tiempo desde que se había acostado con su marido, sin mencionar haber encontrado placer en la experiencia; alcanzar el clímax dos veces en tan poco tiempo parecía ser una experiencia agotadora.

Él levantó la mano de ella hasta sus labios y besó el dorso de sus dedos.

—Hasta esta noche —dijo él.

—Sí —respondió ella.

Nicolas le dio la vuelta a su mano y besó suavemente su palma. El cuerpo de Gillian se estremeció de nuevo cuando él la miró y lamió su palma. Había una mirada diabólica en sus ojos a la que ella no podía resistirse. ¿Hablarían esta noche o querría hacer el amor de nuevo? Una vez probado, Gillian estaba segura de que no podría rechazar una segunda invitación al placer.

Ella rozó deliberadamente su cuerpo contra el de él al separarse, deleitándose con su cálido gemido torturado. Él le dio una ligera palmada en el trasero y ella rió con él, sintiéndose más feliz de lo que jamás se había sentido en su vida. Podría pasar otro interludio pecaminoso en sus brazos. De hecho, estaba ansiosa por ello. Le lanzó un beso y salió contoneándose, sintiéndose muy bien consigo misma y hermosa también.

CAPÍTULO SIETE

Todos dirían que debería avergonzarse de sí mismo. Seducir a la dama de compañía. Hacerle el amor en una silla, a plena luz del día, nada menos.

Nicolas ocultó su sonrisa detrás de su bufanda mientras inspeccionaba el lago congelado que bordeaba su propiedad con su administrador. Era un buen día, y estaba bastante orgulloso de sí mismo. Estaba feliz. —¿Estás seguro de que es seguro?

Su administrador, Fenton, había crecido en la finca y se podía confiar en que sabría si debían patinar o no. —Estaréis bien siempre y cuando no organicéis un baile ahí fuera.

—No hay posibilidad de eso. —Diez patinadores difícilmente constituían un baile, y lo más probable es que pocos se reunieran en un mismo lugar o por mucho tiempo. Nicolas juzgó que la salida podía seguir adelante e hizo un gesto a sus invitados para que pudieran comenzar.

Jessica y Whitfield fueron los primeros en salir e hicieron un rápido círculo el uno alrededor del otro antes de que se les unieran la más lenta señorita Hawthorne y Lord James.

Nicolas encontró ron en una cesta y lo ofreció. —Para calentar tu corazón en un día frío.

—Gracias, su excelencia. —El hombre dio un rápido trago—. Hace más frío que el pecho de una viuda aquí fuera.

El comentario le hizo pensar en Gillian, cuyos pechos difícilmente estaban fríos cuando estaban bajo sus labios. Miró en su dirección y notó lo lenta que era al abrocharse los patines. Sintió un toque de urgencia por verla en el hielo y tenerla en su brazo.

—Es una buena, esa —comentó Fenton—. Ha durado más que las otras por un amplio margen. Me costó una buena suma, también.

Fenton era un poco mayor que Nicolas, nunca se había casado, pero tenía muchas malas opiniones sobre el sexo más débil que siempre estaba ansioso por compartir.

—¿Estabas apostando de nuevo sobre la duración del empleo de un sirviente?

—Solo vale la pena apostar por las mujeres. —Fenton se encogió de hombros—. Aunque no ha habido mucha emoción este año. Un hombre tiene que hacer algo con sus pensamientos ociosos.

—Bueno, un consejo. No apuestes contra ella de nuevo.

—¿Así es la cosa? —La boca de Fenton se torció en una sonrisa, y dio otro largo trago directamente de la botella—. De tus labios a mi bolsillo. A los seis meses, aposté por ella para una estancia indefinida.

Lo estudió con amargura. —El juego será tu perdición.

—A un hombre soltero se le deben permitir algunos vicios. —Fenton se alejó, retirándose a un lugar resguardado desde donde podía vigilar a todos. Nicolas tenía varios otros sirvientes

dispersos por el borde del lago, que es donde siempre se encontraba el peligro más probable.

Nicolas echó un vistazo a todos y luego se volvió hacia la señora Thorpe, que todavía estaba sentada, con los patines puestos, mirando el hielo con recelo. —¿Estás realmente nerviosa?

—Solo un poco. —Se puso de pie, pareciendo decidida a hacer un intento—. Me estaba tomando un momento para rezar y no caerme. No echo de menos los moretones que solía tener o la vergüenza que me causaba cuando era niña.

Él le tomó el brazo. —Te dije que nunca te dejaría caer.

Juntos se tambalearon hasta el borde del hielo con sus patines. Nicolas fue primero, patinando unos pasos antes de volverse para observar a la señora Thorpe. Ella soltó un suspiro y luego dio un paso, deslizándose suavemente sobre el hielo tan naturalmente como él lo había hecho.

—¿Ves? —animó él—. No has olvidado nada.

Gillian se alejó, revelando que su habilidad era un hecho, dejando a Nicolas riendo a su paso. La alcanzó antes de que se hubiera alejado demasiado y juntos se deslizaron en perezosos remolinos alrededor de los otros patinadores. Él la vigilaba. Sus mejillas estaban sonrojadas de un bonito rosa y su cabello se agitaba bajo su sombrero. Su sonrisa era radiante, y su corazón se llenó repentinamente de anhelo. Quería tocarla, abrazarla, muy mal, ahora mismo, sin importar la falta de decoro. —¿Lista?

—¿Para qué?

Sonrió cálidamente. —Vamos a bailar.

—¿Bailar? ¿Aquí?

Nicolas asintió.

—Pensé que Jessica estaba bromeando sobre eso.

—Oh, no —prometió—. He intentado enseñar a Jessica, sin éxito, y he estado buscando a la pareja adecuada durante años.

Extendió su mano y, después de un momento, Gillian la tomó. Nicolas la atrajo hacia él para que lo mirara de frente, y se deslizó con ella hacia atrás. —Es justo como bailar en el suelo de un salón de baile. Tú sigues mi ejemplo, y yo hago el trabajo duro de moverte.

Puso su mano firmemente en su cadera, y mantuvo su otro brazo estirado, agarrando sus dedos enguantados con fuerza como si estuvieran valseando. Miró hacia abajo a su rostro y fue golpeado por el impulso de besarla. Ahora. Se aclaró la garganta en su lugar. —Empezaremos así, pero seguro que cambiaré nuestras posiciones, así que estate preparada para cualquier cosa.

—De acuerdo.

Nicolas empujó hacia adelante, llevando a Gillian delante de él, serpenteando cuidadosamente alrededor de otros patinadores hasta que estuvo seguro de que hacían buena pareja para esto. Hizo girar a Gillian hacia afuera y luego acercó su cuerpo detrás del de ella. Su mano volvió a su cintura, la otra sosteniendo su mano. —Eres muy buena —murmuró.

—Tú también lo eres. —Ella miró por encima de su hombro para ver su rostro—. ¿Cuándo fue la última vez que intentaste esto con otra mujer?

—Hace dos años. El año pasado, tuve que contentarme con patinar solo.

Ella hizo una mueca. —Oh, cómo debes haber sufrido, excelencia.

Él la apretó más contra sí, la levantó y giró, de modo que ahora ambos patinaban hacia atrás juntos. Gillian soltó un pequeño grito.

Miró por encima de su hombro mientras los giraba en un amplio arco hacia hielo despejado antes de bajarla lentamente hasta que ella volvió a patinar. —¿Intentamos eso de nuevo?

Gillian asintió, pero el segundo intento fue un poco más torpe que el primero porque ella se

tensó en anticipación.

—No confiaste en mí —susurró mientras tropezaban, casi cayendo juntos. Lograron poner sus patines bajo ellos y se separaron—. Tienes que confiar en que sé lo que estoy haciendo.

—Confío en ti. —Gillian llevó su mano a su pecho y se detuvo—. Pero creo que era mejor no saber lo que venía —dijo y luego se rió—. Eso fue maravilloso, excelencia.

—Lo fue. —Se detuvo a centímetros de chocar con ella—. Esas son dos cosas maravillosas que hacemos bien juntos, Gillian.

Gillian se sonrojó y volvió a reír alegremente. —Supongo que sí.

Nicolas la cogió del codo y Gillian presionó su mano contra el pecho de él. —¿Podemos seguir haciéndolas juntos?

Gillian jadeó, sus ojos brillando al mirarlo. —Me encantaría.

—Maravilloso, porque debo decir que nunca antes había sufrido una erección mientras patinaba. Tenerte en mis brazos de nuevo está haciendo cosas locas con mis sentidos.

—Con los míos también —confesó ella.

—Quiero besarte —Nicolas miró por encima de la cabeza de ella y vio a cuatro patinadores acercándose a gran velocidad—. Desafortunadamente, el placer tendrá que esperar hasta que estemos verdaderamente solos de nuevo.

Gillian se giró fuera de sus brazos para ver al grupo que se acercaba. —No están patinando bien.

—No, no lo están. Los polluelos tienen más gracia. No temo por Jessica o Whitfield, pero me pregunto si los otros dos saben cómo detenerse.

—Van demasiado rápido si no saben —Gillian patinó hacia atrás mientras el grupo no mostraba señales de reducir la velocidad.

Nicolas la miró repentinamente cuando el hielo dio un gran crujido bajo sus pies.

—¡Gillian! —gritó, justo antes de que ella cayera al agua helada con un chillido de puro terror que le heló la sangre.

CAPÍTULO OCHO

—¡Oh! —exclamó Gillian. Jadeó al sentir el frío intenso que le quemaba la mitad inferior del cuerpo, pero evaluó rápidamente su situación. Estaba de pie en el agua helada del lago, que le llegaba hasta las caderas, con las faldas flotando inelegantemente sobre la superficie, las piernas ya temblando y los pies aún atados a los patines. Podría haber sido mucho peor. Podría haberse hundido directamente hasta la muerte en lugar de donde parecía estar: atrapada y a punto de congelarse.

—No te muevas —exigió Nicolas a un metro de distancia, con expresión aterrorizada.

Gillian extendió una mano para advertirle que no se acercara mientras probaba su equilibrio. Su posición parecía lo suficientemente estable por el momento.

—No des ni un paso. Estás solo en el saliente.

Mirando a su alrededor de nuevo, de repente recordó que había habido una pequeña lengua de tierra que se adentraba en el lago cuando llegó a la finca en primavera. Las lluvias posteriores y el invierno debían haber elevado el nivel del agua y luego cubierto completamente de hielo a medida que avanzaba el invierno.

Miró el hielo sobre el que estaba Nicolas mientras se acercaba. —No te acerques más o tú también te caerás —le advirtió, decidida a mantenerlo a salvo.

El grupo de patinadores que había intentado evitar ya se había detenido, lo suficientemente lejos como para no estar en peligro ellos mismos, ni Nicolas. —Retrocedan todos ustedes, ahora.

Nicolas y los demás patinaron de mala gana hacia atrás un metro. —No te dejaré —le prometió.

—Debes hacerlo —suplicó ella mientras sus dientes empezaban a castañetear. Miró hacia la orilla y vio que los sirvientes se estaban reuniendo—. Estoy a salvo por ahora. Solo tengo mucho frío. Sal del hielo. Por favor, no te preocupes por mí. Ya viene ayuda. ¿Ves?

Gillian giró más la cabeza hacia la orilla. Había una gran extensión de hielo entre ella y tierra firme y no estaba segura de cómo salir del agua, pero tenía fe en que pronto la rescatarían. Los hombres de Lord Stapleton se acercaban al borde del hielo, dos de ellos llevando picos.

—Ya vamos, señora Thorpe —gritó el mayordomo—. Quédese donde está.

Gillian no podía quedarse completamente quieta. Temía que su cuerpo se entumeciera, así que flexionó las piernas para mantener la circulación. Las pequeñas olas que provocó enviaron salpicaduras de frío más arriba en su cuerpo, y tuvo que llevarse la mano al estómago para soportar la incomodidad.

Nicolas estaba en tierra cuando miró a su alrededor de nuevo y rodeado por una multitud. —Eso es. Mantén la calma —gritó.

Gillian se estremeció mientras su vestido se empapaba lentamente de agua y se hundía alrededor de sus piernas, enredándose en ellas. El peso de la tela la arrastraría si resbalaba y perdía el equilibrio. Los hombres de Stapleton comenzaron a picar el hielo con determinación, avanzando hacia ella muy lentamente.

Estaba temblando violentamente cuando un brazo fuerte la rodeó por la cintura y la remolcó a través del hielo triturado. Jessica permanecía contenida en los brazos de su padre, con una manta apretada contra su pecho y una expresión aterrorizada.

—Estoy bien —le prometió Gillian a la chica cuando, por fin, pisó tierra firme.

—No estás bien. Te estás poniendo azul —se quejó Stapleton cuando llegó hasta ellos.

Stapleton envolvió la parte superior de su cuerpo con la manta mientras su hija se arrodillaba para exprimir el agua de sus faldas. Stapleton la atrajo hacia sus brazos, dentro del abrigo que él llevaba puesto. El calor de su cuerpo era casi doloroso. Ella intentó apartarlo, pero temblaba demasiado para afectarlo.

El mayordomo le puso una botella de licor bajo la nariz y la hizo beber un amargo trago. Gillian luchó con el primero, pero como la ayudaría a combatir el frío, tragó un segundo sorbo. Una segunda manta fue envuelta firmemente alrededor de su parte inferior y la obligaron a caminar unos dolorosos pasos con la ayuda de Stapleton después de que le quitaran los patines.

—¿Puedes sentir tus pies? —preguntó él cuando ella tropezó.

—Sí, pero me duelen mucho.

—Será mejor que la lleve a una cama caliente lo antes posible, su excelencia —aconsejó Fenton. Presionó su botella contra los labios de ella una vez más y, sintiendo ya los efectos, Gillian tomó un tercer trago—. Llévela a la cama y vigile sus dedos de los pies.

—Eso es lo que pienso hacer. —Stapleton la levantó repentinamente en sus brazos y comenzó a regresar a casa sin decir otra palabra a nadie.

Jessica y Whitfield se apresuraron por delante con la promesa de avisar a la casa.

A solas con Nicolas, Gillian temblaba violentamente contra su pecho. —No hice eso solo para que me abrazaras.

—No sabes lo afortunada que eres. —Su mandíbula se tensó, y luego la abrazó tan fuerte que ella pudo sentir sus dedos clavándose en su muslo—. Un metro más en mi dirección y habrías estado en agua muy por encima de tu cabeza. Me has asustado de muerte, mujer.

—Lo siento. —Gillian volvió su rostro hacia el pecho de él para calentar su piel. Miserable y congelada, cerró los ojos y se concentró en respirar y en el dolor de sus extremidades mientras los pasos de él sacudían su cuerpo. Nunca se había sentido tan fría en toda su vida—. Prometo no volver a hacerlo.

—No fue tu culpa —dijo Nicolas mientras rozaba sus labios contra su frente—. Fue mía por no ser más observador.

—Shh —susurró ella—. Fue un accidente.

Nicolas guardó silencio, abrazándola más cerca, y se apresuró hacia el calor. Ella no levantó la cabeza de nuevo hasta que estuvieron dentro de la casa y oyeron a Jessica dando órdenes a todos. Nicolas la llevó en brazos hasta su dormitorio.

—Debemos quitarle esa ropa mojada —sugirió Jessica, quitándole las mantas mojadas y su ropa de abrigo mientras Nicolas la bajaba lentamente al suelo.

Gillian dio unos pasos cojeando y se agarró a un poste de la cama mientras empezaba a temblar. —Creo que es una buena idea.

—Avivaré el fuego mientras te cambias —prometió Nicolas.

Demasiado entumecida para protestar que podía cuidarse sola, o que los sirvientes podían

hacerlo, Gillian permitió que le quitaran el vestido. Pero era muy consciente de que Nicolas seguía en la habitación, trabajando en el fuego con la espalda vuelta por modestia. Las criadas entraron apresuradamente en la habitación llevando todo tipo de cosas. Tenía demasiado frío para preocuparse por detalles tan triviales como el decoro o el probable chisme que luego difundirían por la casa.

Cuando estuvo envuelta en un camisón limpio y la única bata que poseía, la ayudaron a meterse en su cama, calentada por ladrillos colocados alrededor de sus pies y cubierta de mantas.

Gillian contuvo sus gemidos mientras la circulación volvía a sus extremidades, sintiéndose bastante tonta. Debería haber prestado más atención al hielo y había arruinado el día del duque. Se acurrucó hecha un ovillo bajo las mantas mientras unas manos gentiles le tocaban la frente y le hacían las mismas preguntas una y otra vez. Sus dedos de los pies nunca habían sido tan interesantes antes. Todos los que entraban en la habitación parecían preguntar por ellos.

—Se ha mandado llamar a un médico —le informó Stapleton.

Gillian levantó la mirada y descubrió al duque de pie junto a la cama, observándola con expresión sombría.

—Estoy bien —le aseguró—. No necesito un médico.

—Yo seré quien juzgue eso. —Se giró ligeramente y ella vio una fila de sirvientes detrás de él—. Todos pueden volver a sus tareas. La señora Thorpe llamará si necesita más ayuda.

El ama de llaves asintió y ahuyentó a todos.

—Muy bien, su excelencia.

—Temía que nunca nos dejaran a solas. —De repente se inclinó, le besó la frente y luego buscó su mano bajo las mantas. Le acarició los dedos con su cálido agarre y luego asintió—. Ahora los pies.

Gillian se resistió. No tenía ningún deseo de salir de debajo de las mantas todavía.

—Están bien. Debería volver con sus invitados. No es apropiado que se quede.

—No discutas conmigo —le advirtió—. Cualquier familiaridad entre nosotros será perdonada dadas las circunstancias.

Se arrodilló junto a la cama, se metió bajo las mantas y atrapó su pie con su cálida mano. Sus dedos fueron gentiles mientras le acariciaba la piel, y luego pellizcó la punta de cada dedo del pie por turno.

—¿Cinco dedos?

—Los sentí todos —le aseguró.

—Ahora el otro.

Gillian empujó su otro pie hacia él y sufrió otra íntima inspección que reveló que sus dedos no habían sufrido ninguna pérdida de sensación por el terrible frío.

—¿Lo ves? Estoy perfectamente bien.

Gillian intentó sentarse, pero él la retuvo por los hombros.

—Te quedarás en cama por el resto del día y esta noche. ¡Ni se te ocurra moverte!

—Está siendo tonto, su excelencia. —Gillian se levantó de la cama—. El movimiento será bueno para mi circulación.

—Verte así es un tormento para la mía —le aseguró antes de atraerla contra él. La sostuvo en silencio y luego agarró una manta de la cama para envolverla—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Gillian lo apartó.

—Debería ver a Jessica —comenzó.

—Está en la habitación de al lado, esperando su turno para mimarte. Le he permitido retirarse de entretener a nuestros invitados por el resto del día y esta noche. —Frunció el ceño—. Nunca

la había visto tan aterrorizada.

—Tan pronto como descubrí que estaba en tierra firme, supe que estaría bien. —Se ajustó la manta a su alrededor, muy consciente de su roce con la muerte—. Solo tardé demasiado en salir del agua sin enfriarme.

Él se acercó de nuevo. Sus brazos eran firmes alrededor de su cuerpo, y tan cálidos que ella suspiró de placer.

—Cada momento fue una agonía para mí hasta que estuviste en mis brazos. Por favor, quédate aquí esta noche y descansa. No tienes que quedarte en cama, pero me complacería mucho que no tuvieras oportunidad de enfriarte.

La primera esposa de Nicolas había muerto de una infección en los pulmones en esta misma casa poco después de que Jessica naciera, así que Gillian sabía de dónde venían sus temores por su salud.

—De acuerdo, si insistes —dijo, poniendo sus manos sobre su pecho y dándole palmaditas tranquilizadoras—. Puedes enviar a Jessica.

Nicolas inclinó la cabeza y le besó la mejilla varias veces.

—Gracias.

—Intenta no preocuparte —murmuró Gillian antes de estirarse para besar sus labios. Fue breve y tierno, sin estallidos de pasión siguiéndolo de cerca.

Nicolas la ayudó a volver a la cama, colocando almohadas detrás de su espalda, y subió las mantas hasta su pecho para que se mantuviera caliente. Su comportamiento era tan dulce y tierno. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan cuidada, y ni siquiera su marido se había preocupado por sus ocasionales enfermedades de la manera en que Nicolas lo estaba haciendo ahora.

Dio unos pasos hacia la puerta, y luego volvió apresuradamente.

—Sé que probablemente me regañarás, pero volveré más tarde esta noche para verte —susurró.

Robó otro beso, pero se había ido antes de que Gillian pudiera insistir en que tal visita no era necesaria ni prudente.

Jessica se coló en la habitación un momento después, se arrastró por la cama y aplastó a Gillian en un feroz abrazo.

—Podría haberte perdido.

—Estoy bien, querida Jessica. De verdad. —Los ojos de Gillian se llenaron de lágrimas. Trató de contenerlas, pero no fue capaz. Podría poner una cara valiente para todos los demás, pero Jessica se sentía demasiado como familia. La hija que nunca había tenido y nunca podría tener. Abrazó a la chica con fuerza y sollozó contra su hombro. Cuando la tormenta de llanto pasó, Jessica las metió a ambas en la cama de Gillian sin decir una palabra más.

CAPÍTULO NUEVE

—Jessica estaba un poco molesta con Whitfield por burlarse de ella hoy —susurró Gillian antes de gemir cuando Nicolas le mordisqueó el cuello suavemente. Ella hacía todo lo posible por mantener el decoro y ceñirse al tema habitual de conversación, pero Nicolas pensaba que ella preferiría que continuara haciéndole el amor en lugar de detenerse ahora.

—Siempre se burla de ella —susurró él mientras acariciaba sus pezones con la yema de los pulgares. Se deleitaba con su excitación. La anhelaba cada vez más cada vez que se unían—. ¿Qué más?

—Ella... ah. —Su agarre en los estantes se apretó cuando él tomó el lóbulo de su oreja izquierda entre los dientes y lo mordió ligeramente.

Gillian se estremeció.

Nicolas la soltó, riendo en voz baja, y se apartó para que ella pudiera terminar su informe.

Gillian se giró lentamente, usando nuevamente los estantes para apoyarse. —Eres un diablo —se quejó sin malicia.

Habiendo escuchado el comentario en una ocasión anterior, sonrió ampliamente al oírlo de nuevo. Desde el casi ahogamiento de Gillian y su rápida recuperación, se había entregado a unos días muy traviesos de placer mutuo, y esta noche estaba decidido a subir la apuesta una vez más. —Lo soy contigo.

Con Gillian, hacía cosas que antes solo había soñado. Había amado a su esposa, pero nunca se había sentido tan hambriento de los besos de una mujer como se sentía con Gillian.

Estaba simplemente embelesado por lo que habían compartido hasta ahora. Esto se sentía correcto. Gillian complacía todos sus deseos en privado, pero en público no veía ninguna señal externa de que algo hubiera cambiado entre ellos. Esto le complacía y, ocasionalmente, le molestaba. —Deseo tu compañía, tu conversación y tu cuerpo. ¿No puedo tener los tres a la vez?

El día que ella había caído a través del hielo había alterado sus planes para el futuro. Desde ese terrible día, la felicidad y la seguridad de Gillian estaban siempre en primer plano en su mente. Haber estado a punto de perderla tan repentinamente después de haberla encontrado finalmente le había hecho darse cuenta de lo que faltaba en su vida.

Quería una amante, una compañera y una amiga.

Gillian se había convertido en todo eso para él y más.

Ella sacudió la cabeza de lado a lado. —Es muy difícil hablar cuando me estás besando.

Él presionó sus caderas contra las de ella firmemente y su respiración se entrecortó al sentir su erección contra su sexo. —Por eso estaba descuidando estos dulces labios tuyos, para poder oírte contarme sobre las horas que pasamos separados.

Hacía tiempo que había abandonado su autoengaño de que estos encuentros nocturnos con Gillian tenían algo que ver con su hija menor, si es que alguna vez lo tuvieron. Si hubiera un problema con Jessica, estaba seguro de que Gillian se acercaría a él en cualquier momento del día. Estas noches tenían más que ver con conocer a Gillian, y ahora la conocía muy bien, en efecto. La besó ahora como había anhelado hacerlo todo el día cuando se había comportado lo mejor posible para no revelar su aventura a todo el mundo. Las noches eran suyas, solo un breve lapso de tiempo que reclamaba para complacerlos a ambos hasta que quedaban jadeantes y agotados y tenían que separarse por el bien de la decencia.

Desafortunadamente, no podía estar satisfecho con su arreglo por mucho más tiempo. Anhelaba llevarla a su cama y pasar la noche adorando su dulce cuerpo. Despertarla, somnolienta y cálida por sus encuentros amorosos, y hacerlo todo de nuevo. Y otra vez, hasta el amanecer.

Había visto tan poco de su piel y se estaba volviendo desesperado por ver a la mujer completa con la que se acostaba. Pero para hacer eso necesitaba colarse en su habitación de nuevo o llevársela a la suya. Ambas situaciones podrían ser desastrosas para su reputación si los atrapaban juntos, y con sus hijas y tantos invitados por allí, parecía imposible.

No podía soportar que Gillian sufriera chismes dañinos, así que le parecía que solo le quedaba un recurso. Tomó a Gillian en sus brazos, la abrazó fuertemente contra su pecho por un momento, y luego la llevó al otro lado de la habitación hasta el escritorio.

Pero su mente ya estaba fija en la solución más seria y permanente de cómo tener a Gillian donde y cuando quisiera.

La idea de quedarse con Gillian le atraía tremendamente. Ella ya se había convertido en una parte fija y natural de su vida. Jessica la amaba en el lugar de una madre, y *él*, ahora que estaban solos tan a menudo e íntimos, se estaba apegando más y más a ella cada día. No quería perderla cuando Jessica superara la necesidad de una acompañante.

Nicolas necesitaba a Gillian para sí mismo y solo para sí mismo.

La bajó suavemente sobre su escritorio y lentamente le subió las faldas hasta las rodillas, luego separó sus piernas para pararse entre ellas. —Dulce Gillian, cómo me honras de nuevo. Eres tan encantadora.

Ella bajó los ojos con modestia mientras alcanzaba los botones de sus pantalones.

Él detuvo sus dedos. —No seas tímida. Mírame.

Sus ojos se abrieron de golpe y la lujuria nadaba en sus profundidades. —Ya no soy tímida contigo. Apenas puedo controlar mis manos en mi ansiedad por tocarte.

Él sonrió, habiendo tenido el mismo problema muchas veces durante las interminablemente largas horas del día. —Voy a necesitar muchos más besos dulces y caricias traviesas esta noche si quiero sobrevivir otro mañana.

—Ya veo. —Ella rozó sus nudillos sobre su duro miembro aún confinado en sus pantalones y sonrió—. ¿Así?

—Quiero todo y cualquier cosa que me concedas. —Tocó su rostro, notando que estaba tan caliente como su sonrojo sugería. Ella había sido esposa una vez, pero ¿había deseado alguna vez a su marido así? Había tenido miedo de preguntar antes de esta noche. Preocupado por cómo podría salir en cualquier comparación. Nicolas estaba seguro de que él mismo nunca había experimentado un deseo como este. Sabía lo que eso significaba. No podía separarse de Gillian.

Le pediría matrimonio.

Debería haber considerado el matrimonio desde el primer beso que compartieron.

Una vez casados, nunca más tendría que frenar sus deseos. De todos modos, no parecía poder mantenerse alejado de ella, así que el matrimonio parecía el camino natural a seguir. Este deseo

silencioso de ella lo atraía como si ella gritara su nombre. Quería darle el derecho de hacerlo sin que nadie lo desaprobara.

Trazó su mandíbula con la punta del dedo. —Tan hermosa.

—Tú también lo eres. —Su rostro se puso rojo—. Apuesto, quiero decir.

—Me alegra que lo pienses. —Besó su frente suavemente, y luego le dio besos ligeros en sus dulces labios—. Debo admitir que me haces sentir joven de nuevo.

—Nunca te he considerado viejo —dijo Gillian, jugueteando con los botones de su chaleco antes de alzar la mano para recorrer el bulto en su nariz—. ¿A qué edad te lo rompiste?

—A los diecisiete —respondió él. A los diecisiete y completamente dominado por la lujuria en aquella época. Sonrió—. Me encontraron en una posición comprometedora con mi difunta esposa antes de que nos casáramos, y su hermano me lanzó un puñetazo a la cabeza antes de reconocerme. Después de eso, se mostró totalmente afable y se aseguró de que los contratos matrimoniales se redactaran ese mismo día.

—Eso es muy joven para casarse —comentó ella con los ojos muy abiertos.

Ahora parecía toda una vida atrás. Había cambiado, se había vuelto más estable y posiblemente un poco anticuado a veces. Sin embargo, ahora era feliz, feliz de haber descubierto tanta paz y emoción con Gillian en su vida. —Mi difunta esposa era mayor y me sedujo —confesó, para que no pensara que él era enteramente culpable y un sinvergüenza.

Gillian balbuceó. —Seguro que no.

—Bueno, esto *es* el campo —sonrió y le robó otro beso, disfrutando de contarle sus secretos —. En general, los hombres jóvenes tienden a perder su virtud a una edad mucho más temprana que las mujeres. Todos esos pajares y el aire fresco. Yo ya era conde y mi esposa deseaba ser condesa, así que el matrimonio nos convenía a ambos. Tuvimos un buen matrimonio, como habrás adivinado por la cantidad de hijos que tuvimos juntos. He hecho todo lo posible por proteger a mis hijas de situaciones similares que forzaron mi matrimonio. Preferiría mucho más que Jessica no se viera privada de la decisión por culpa de la curiosidad.

Un ceño fruncido arrugó la frente de Gillian. —Ella no está lista para el matrimonio.

—Estoy de acuerdo, pero algún día tendrá que casarse —le complació que Gillian hablara con el corazón sobre Jessica. Había estado dejando caer suficientes indirectas durante el último mes como para que incluso él notara que su preocupación era genuina, y no por miedo a perder su sustento. Era importante para él que Gillian expresara su opinión en lugar de estar siempre de acuerdo con él, pero por el momento estaba mucho más interesado en descubrir el misterioso pasado de Gillian—. ¿Qué edad tenías cuando te casaste?

—Veinte —susurró ella sin decir más.

—¿Lo amabas mucho?

Gillian negó rápidamente con la cabeza, y Nicolas se sintió aliviado más allá de las palabras de que fuera así. Le dio un beso en la mejilla y le acarició la oreja con su aliento. Si nunca había amado a su difunto esposo, significaba que todo el espacio en su corazón para el amor podría estar disponible para él en el futuro. —Lo siento mucho.

—Thorpe quería una esposa joven, y yo pensé que casarme con él era una decisión sensata para una mujer en mi situación. Solo tenía una pequeña dote y él estaba lo suficientemente bien como para que yo pensara que nunca me faltarían las pequeñas comodidades que pudiera necesitar en mi vida. El amor no tuvo nada que ver con mi decisión de aceptarlo.

Gillian había enviudado a los veinticuatro años. Lo había mencionado una vez y él lo había grabado en su memoria. Cuatro años después, era sirvienta de su familia. Sospechaba que Wallace Thorpe no le había dejado mucho para vivir como para que tomara medidas tan

drásticas. —Y cuando murió. ¿Qué pensaste entonces?

—Me enfadé —ella encontró su mirada, y esa expresión hizo que su corazón se encogiera—. No me dejó nada para vivir en su testamento, no hizo arreglos con su heredero para asegurarse de que yo tuviera un techo sobre mi cabeza, por eso acepté el empleo de dama de compañía.

Nicolas hizo un juramento. Ella no trabajaría más. La convertiría en su duquesa, una dama de ocio con todas las comodidades que pudiera ofrecerle. La abrazó con fuerza un momento, haciendo planes para ver a su abogado de Londres tan pronto como regresara a la capital. Se aseguraría de que el contrato matrimonial le proporcionara todo lo que pudiera necesitar para una vida cómoda tras su eventual muerte.

Un fuerte golpe sonó en la puerta, asustándolo.

Nunca antes los habían interrumpido, y se quedó atónito durante un momento demasiado largo. La puerta se sacudió, pero como estaba cerrada con llave, nadie podía entrar.

—Padre, la puerta está atascada otra vez —se quejó Rebecca con una voz sorprendentemente alta.

Gracias a Dios por el cerrojo. Su hija mayor debería haber estado en la cama a esta hora tardía.

Gillian saltó de sus brazos y se apresuró a arreglarse la ropa. Voló alrededor del escritorio sin hacer ruido, tomó su asiento habitual y cruzó las manos elegantemente sobre su regazo.

—Un momento —Nicolas se alisó el pelo y el chaleco.

Podía ver el pecho de Gillian subiendo y bajando en pánico, pero de alguna manera mantuvo su expresión serena. Si alguien la mirara, nunca sospecharía que había estado en sus brazos y excitada hacía unos minutos. Admiraba su compostura. Por su parte, él no estaba tan calmado ni en absoluto complacido por la interrupción. Al menos cuando se casaran, ya no tendría que preocuparse por el potencial escándalo sobre sus cabezas.

La puerta volvió a sacudirse.

—Un momento —instruyó de nuevo, lanzando una sonrisa cómplice a Gillian. Acarició su mejilla al pasar junto a su silla, deseando poder ignorar la interrupción y volver a su conversación con Gillian. Había tanto sobre ella que quería saber—. Déjame ver qué puedo hacer desde este lado —le dijo a su hija.

Cruzó la habitación, hizo como si agitara el pomo para ocultar el giro de la llave. Como ya había usado este truco antes con sus hijas y nunca lo habían descubierto, estaba seguro de que ella volvería a ser engañada.

La puerta se abrió de golpe cuando finalmente giró el pomo correctamente.

—Realmente necesitas que un sirviente se ocupe de esa puerta —se quejó Rebecca mientras irrumpía en su estudio sin ser invitada.

—Cuando termine toda esta tontería de la fiesta en casa, lo haré —prometió.

Rebecca se detuvo cuando vio a Gillian sentada frente al escritorio, formándose una expresión agria en su rostro. Rebecca miró entre ellos, la sospecha convirtiendo sus ojos en duras rendijas. —No me había dado cuenta de que estaba interrumpiendo.

Gillian se levantó e hizo una reverencia a su hija, pero no dijo nada.

Nicolas era muy consciente de que la desconfianza de Rebecca hacia las mujeres bonitas provenía de haber descubierto a su propio marido en la cama con su ama de llaves una vez antes de su muerte, así que se interpuso entre ellas. Hizo un gesto a Gillian para que volviera a sentarse en su silla.

—*Estás* interrumpiendo —Nicolas ignoró la expresión de sorpresa de Rebecca y volvió a su lado del escritorio—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Preferiría hablar contigo a solas —dijo ella.

—¿No puede esperar hasta mañana? —preguntó él.

—No, padre.

No quería despedir a Gillian, pero sospechaba que Rebecca no hablaría de cualquier tontería que tuviera en mente hasta que ella se fuera. Cuanto antes tuvieran esta conversación, antes terminaría.

Probablemente tendría que prescindir del consuelo de su amante por una noche, pero no había remedio. Cogió un libro al azar de su estantería. —Muy bien. Señora Thorpe, ¿podría revisar este volumen y, si lo considera adecuado, compartirlo con mi hija cuando pueda?

Ella se levantó rápidamente y se estiró para alcanzar el libro. —Por supuesto, excelencia. ¿Necesita algo más?

Él lo dejó caer suavemente en su mano, deseando poder decir algo más para aliviar cualquier dolor que su despedida pudiera causarle. —Devuélvalo a esta habitación cuando haya terminado —dijo, luego la dirigió suavemente hacia la puerta, odiando tener que mantener la actuación de amo y sirviente un poco más.

Mientras ella se alejaba, Nicolas notó que uno de los botones de su vestido se había desabrochado en la espalda. Lo más probable es que él mismo lo hubiera hecho cuando la estaba provocando. Temiendo los ojos afilados de su hija, siguió a Gillian hasta la puerta, poniendo su cuerpo entre su amante y su hija.

—Buenas noches, excelencia. Señora Warner. —Gillian se marchó y él exhaló un suspiro de alivio silencioso. Había estado demasiado cerca para su tranquilidad.

Ni siquiera se había dado la vuelta cuando Rebecca comenzó. —Ahora, tenemos que hablar de mi hermana. Jessica no puede seguir rusticándose en el campo.

Nicolas se sentó de nuevo detrás de su escritorio y se reclinó para observar a su hija. Desde el fallecimiento de su marido, esta hija se había convertido en la criatura más frustrante y obstinada sobre la tierra. —Supongo que tienes algún plan sobre lo que debería hacer al respecto.

—Sí. Necesita mezclarse con gente de su clase. Debe estar en Londres lo antes posible. Propongo llevarla conmigo cuando me vaya.

Nicolas la atravesó con una mirada penetrante. —Yo decidiré cuándo y dónde irá Jessica, señora.

—Debe estar con otras mujeres. —Rebecca se inclinó hacia adelante—. No tiene idea de cómo dominar una sala. Te he advertido antes que una dama de compañía no puede enseñarle todo lo que debe saber sobre cómo conducirse en sociedad.

Eso también sería imposible de aprender si Jessica estuviera a la sombra de Rebecca, pero bajo su mirada y la de Gillian, podría ser más feliz haciéndolo.

Ir juntos a Londres era en realidad una muy buena idea. Ahora tenía asuntos que atender con su abogado si iba a volver a ser un marido. Nicolas también tenía amigos allí a los que estaba ansioso por presentar a Gillian. Podría mostrarle la ciudad a Gillian, mimar a su hija al mismo tiempo y participar en los preparativos de Jessica para la próxima temporada. No habría batallas por los gastos o las elecciones de esa manera. —Admito que algo de tiempo en Londres antes de que comience la temporada podría ser beneficioso.

Su hija suspiró profundamente. —¿Después de la fiesta?

—Sí, después de la fiesta, por supuesto —acordó. Sin embargo, necesitaría un poco de tiempo para cortejar a su futura esposa. Nunca habían hablado de matrimonio o de un futuro, solo discutían sobre la próxima vez que podrían estar a solas.

Después de la fiesta, después de haberle propuesto matrimonio a Gillian, discutiría la idea de

una excursión más larga a Londres para todos ellos, y vería cómo se sentía ella acerca de casarse allí mediante una licencia especial. Un mes de espera para que se leyeran las amonestaciones se sentiría interminable, ahora que había decidido casarse.

—Y mientras Jessica está ocupada, debes pensar seriamente en el futuro de la familia —exigió Rebecca.

Él frunció el ceño ante su comentario. Ya tenía un suministro lo suficientemente grande de herederos varones, tres hijos, cuatro nietos de dos de ellos, para garantizar la sucesión. —¿Como qué?

—Encontrar una esposa que se ocupe mejor de las pequeñas cosas por aquí —dijo Rebecca, mirándolo con lástima en los ojos—. Stapleton necesita una señora de nuevo. Sé que amabas a madre, pero incluso ella diría que ya es hora de que elijas a su reemplazo.

Nicolas controló sus facciones mientras una sonrisa intentaba escapar. Estaba muy por delante de los planes de Rebecca para él. —Ya he considerado volver a casarme.

Su hija sonrió. —¿Entonces dedicarás tu atención a cortejar a una dama esta temporada?

Él no necesitaba el tipo de dama que Rebecca tenía en mente. ¿Tendría que ocultar la noticia a sus hijas hasta el último momento? Desafortunadamente, sí. Esta hija definitivamente desaprobaría que se casara con una dama que había estado trabajando como dama de compañía. Gillian era perfecta para él: apasionada, encantadora y vivaz. Rasgos que necesitaba mucho en su vida de forma permanente. Todo lo que tenía que hacer era convencerla de que dijera que sí.

Asintió. Comenzaría un cortejo oficial mañana y se casaría antes de que comenzara la temporada si Gillian aceptaba.

Estaba seguro de que Gillian amaba a Jessica, y esperaba que también pudiera amarlo a él. Dado lo que ya habían compartido en esta habitación y en la de ella, creía que ya debía sentir un fuerte afecto por él. ¿Cuántas veces habían hecho el amor ya? Siete u ocho, y la noche de su accidente, habían hecho el amor dos veces en las pocas horas que habían estado juntos.

Se iba a casar con Gillian tan pronto como terminara la tontería de Navidad. Apenas podía esperar hasta que estuvieran solos de nuevo. Solo los tres deambulando por Stapleton y en Londres.

Pensando que había ganado, Rebecca le deseó buenas noches y salió de la habitación sonriendo ampliamente, dejando a Nicolas planear su primer cortejo. Se rio suavemente ante la novedad. Parecía estar haciendo todo este asunto del matrimonio completamente al revés, pero ¿de qué otra manera podría haber conocido su corazón si no hubiera corrido un riesgo?

Si no fuera por ese maldito muérdago en su bolsillo, nunca habría llegado a conocer a Gillian Thorpe.

Subió las escaleras hacia su dormitorio, lanzó una mirada anhelante hacia la lejana puerta de Gillian, pero siguió adelante para pasar la noche imaginando cuán deliciosamente él y Gillian disfrutarían las largas horas de su noche de bodas.

Y las cientos de noches que vendrían después, cuando compartirían una cama y se amarían toda la noche.

Si ella algún día pudiera amarlo de la manera que él esperaba.

CAPÍTULO DIEZ

—El duque ha accedido y eso es todo —informó la señora Warner a las damas reunidas con una enorme sonrisa, completamente encantada con la devastadora noticia que estaba compartiendo.

El corazón de Gillian se hundió. Apenas podía creer que había juzgado tan mal las intenciones de Nicolas. Él sabía que Jessica no estaba lista para el matrimonio y aun así la empujaría fuera de casa para encontrar marido. —No puedo creerlo.

—El duque hace lo que le place —la señora Warner le lanzó una mirada de desprecio y luego se encogió de hombros—. Los hombres se cansan tan fácilmente de las preocupaciones de las mujeres a menos que les convenga, y Stapleton no es diferente.

—¿Por qué no me lo está diciendo él mismo? —protestó Jessica.

La señora Warner sonrió a su hermana. —Alégrate, Jessica. Por fin está siendo sensato. Te ha consentido, pero debe vivir su propia vida. Ha admitido que anhela compañía y se casará. Sin duda elegirá a una joven de calidad con un pedigrí impecable esta temporada. Conociendo a mi padre tan bien como lo conozco, ya la habrá elegido y solo está esperando el momento adecuado para hacer el anuncio. Lo cual será pronto, por supuesto.

—¿Quién? —Jessica se aferró con fuerza a la mano de Gillian—. Papá no se casaría sin decírmelo primero.

La señora Warner miró a las damas reunidas con una expresión presumida. Sus amigas se irguieron, sonriendo ampliamente a todos como si supieran más de lo que podían decir. —Sospecho que ya ha comenzado su cortejo. Es solo cuestión de tiempo antes de que haya un anuncio de boda en los periódicos de Londres. En St. George's, por supuesto. Supongo que es por eso que te está enviando conmigo.

Gillian le dio unas palmaditas en la mano a Jessica. No podía ser cierto. Jessica nunca sería descartada tan despiadadamente por su padre adorador. La señora Warner debía haberlo malinterpretado sobre el futuro de Jessica.

—Pero estas son excelentes noticias para nosotras también —exclamó la señora Hawthorne —. La señora Thorpe quedará libre para venir a trabajar conmigo ahora, y guiar a mi querida Natalia hacia su propio matrimonio feliz.

La señora Hawthorne le sonrió ampliamente a Gillian como si sus plegarias hubieran sido respondidas. Gillian solo la miró fijamente. Seguramente no creía realmente lo que la señora Warner decía sobre esto. Y seguramente los Hawthorne no podían permitirse emplear a otro sirviente, y mucho menos los salarios de una dama de compañía, después de todo lo que había oído sobre su situación. —¿Lo haré?

La señora Hawthorne se inclinó hacia adelante, con ojos suplicantes. —Oh, diga que vendrá

a trabajar con mis hijas, señora Thorpe. Todo saldrá perfectamente para todas nosotras si lo hace.

Gillian deseó que Jessica guardara silencio por un momento y pensara en quién estaba compartiendo tan malas noticias y por qué. La señora Warner siempre había intentado manejar a Jessica, como una muñeca o un juguete. Podían ser hermanas, pero la mujer rara vez escuchaba opiniones diferentes. —Tengo un puesto aquí.

—Que no continuará cuando Jessica venga a vivir conmigo —le informó la señora Warner bruscamente—. No puedes permanecer donde no se te necesita. Jessica tendrá *mi* personal para cuidarla. *Mi* guía. No más correteos por esta finca en una condición en la que ninguna señorita bien educada debería estar. No más conversaciones inapropiadas con hombres inaceptables. No más charlas sobre hongos en la mesa del comedor. Ya es hora de que me haga cargo de la educación de la chica. Está casi arruinada tal como está.

La señora Hawthorne miró boquiabierta a la señora Warner, y mientras un ceño preocupado llenaba su rostro, el corazón de Gillian se hundió. La señora Hawthorne debía lamentar ahora su oferta impulsiva de empleo después de ese arrebato de rencor. Si la señora Warner decía la verdad sobre los planes de Nicolas, haría todo lo posible por hacer que Gillian fuera inempleable también, solo porque Gillian siempre había hablado cuando estaba en desacuerdo sobre la crianza de Jessica. —Su padre no ha expresado objeciones a mi instrucción.

—¿Qué padre sabe realmente lo que es mejor para una joven impresionable en estos tiempos, les pregunto? —La señora Warner se encogió de hombros y el gesto enfureció a Gillian—. ¿Cómo puede la chica hacer un matrimonio adecuado si se la deja aquí para que se vuelva rústica?

—Eso es cierto —dijo suavemente la señora Hawthorne, con la mirada baja. *Preocupada*. Los Hawthorne no podían permitirse el gasto de una temporada en Londres para su hija, y todos sabían que dependían de que Natalia hiciera una excelente unión.

Gillian captó la mirada de la señora Hawthorne. —Natalia es lo suficientemente bonita y talentosa como para elegir entre cualquier número de caballeros cuando debute esta primavera.

La chica era quizás un poco demasiado directa a veces, pero seguramente elegiría sabiamente si se le daba la orientación adecuada. Todo lo que necesitaba era mostrar un poco más de moderación cuando conociera a un nuevo caballero y haría un buen matrimonio.

La señora Hawthorne sonrió radiante. —Gracias. Tengo tantas esperanzas para ella y sus hermanas menores.

Si Nicolas la despedía antes de lo que ella esperaba, y aceptaba el puesto ofrecido con los Hawthorne, Gillian bien podría ser la dama de compañía de la prole de los Hawthorne durante los años venideros. Podría no tener nunca más dinero de sobra, los salarios a los que estaba acostumbrada podrían tener que reducirse drásticamente, y podría tener que ahorrar el dinero que había guardado para su vejez, pero permanecer aquí significaría que aún podría ver a Jessica de vez en cuando.

Gillian forzó una sonrisa, pero ¿había llegado el momento de terminar su aventura con Lord Stapleton? No podía reprocharle la oportunidad de ser feliz con otra mujer si había terminado con ella. No le había hecho promesas. —Estaría muy complacida de ayudarla con sus hijas, señora Hawthorne, *si* Lord Stapleton realmente tiene la intención de liberarme de su empleo.

—Él no puede tener ningún interés en impedir que vayas donde te quieren —exclamó la señora Warner, descartándola cruelmente como si no fuera nada para nadie.

Dolida por dentro, hirviendo de impotencia, Gillian se obligó a ocultar cualquier emoción verdadera e inclinó la cabeza con gracia.

Jessica se alejó de ella. —Mi padre nunca me enviaría lejos. Él me ama.

—Por supuesto que sí —prometió Gillian.

La señora Warner miró a Jessica con un brillo calculador en los ojos. —Te vas conmigo, querida hermana. Todo está arreglado, así que no tiene sentido discutir al respecto. Ya he escrito para contratar a un maestro de música apropiado para comenzar tus instrucciones tan pronto como regresemos a casa. Habrá pruebas de vestuario e instrucción de baile y todas las pequeñas cosas que una dama de compañía difícilmente puede saber para que las aprendas. Empezaremos de cero y realmente haremos algo de ti.

Jessica se puso de pie de un salto. —¡No! Este es mi hogar. ¡No iré a ninguna parte contigo!

La señora Warner suspiró. —Jovencita, las mujeres jóvenes bien educadas no gritan. Nunca. Madre estaría tan decepcionada de ti.

Jessica jadeó y huyó de la habitación.

La señora Warner había dicho lo único que era imperdonable. Mencionar a la madre que Jessica nunca había conocido pero anhelaba era cruel. Gillian se levantó para seguirla. —Discúlpenme.

—No, déjenla estar —dijo la señora Warner antes de volverse hacia la señora Hawthorne—. Esto es exactamente por lo que debería haber estado bajo mi cuidado desde el principio.

Gillian negó con la cabeza obstinadamente.

—Sigo siendo empleada del duque de Stapleton, y él no querría que su hija fuera desatendida cuando está disgustada. No tienen idea de cuánto han herido sus sentimientos al mencionar a su madre de esa manera. Discúlpenme, señora Hawthorne, señorita Hawthorne. Señoras. Debo atender mis obligaciones.

Se apresuró tras su Jessica, segura de que la oferta de empleo de la señora Hawthorne no llegaría a nada ahora. Lo que la dejaría sin ningún lugar adonde ir con tan poco aviso. Tenía dinero suficiente para la posada y la diligencia hacia un nuevo empleo. Decidiría su rumbo más tarde, pero por el momento su prioridad era asegurarse de que Jessica se calmara antes de que hiciera algo de lo que se arrepintiera después.

Cuando estaba angustiada, la chica solía ir a uno de dos lugares: a su habitación o al invernadero. Como su dormitorio estaba vacío, Gillian se dirigió afuera después de conseguir su capa más gruesa para mantenerse abrigada. La nieve había estado cayendo desde el amanecer y no era difícil detectar huellas que se dirigían hacia el edificio distante. Se detuvo al notar un segundo par de huellas, más grandes y profundas junto a las de Jessica, que también venían de la dirección de la casa. ¿Habría seguido Lord Stapleton a su hija desde la casa?

Sin duda, él era el más indicado para tranquilizar a la chica sobre este cambio de planes, pero aun así sería prudente ver si ella era necesaria.

Se deslizó en el invernadero y cerró rápidamente la puerta para mantener el calor. Los jardines de Stapleton presumían de muchas de estas construcciones exteriores. Invernaderos forzados, jardines amurallados y más. Había tantos lugares para explorar con Jessica que apelaban a la curiosidad de la joven y su amor por la naturaleza, sin estar técnicamente al aire libre.

Miró hacia el final de la larga habitación y se quedó paralizada.

Jessica estaba en los brazos de un hombre que definitivamente no era su padre, y lloraba lastimeramente contra la capa oscura del individuo. Su rostro estaba inclinado sobre la cabeza de Jessica, y mientras Gillian observaba, él besaba su cabello, su frente. Suavemente acunaba la parte posterior de la cabeza de la chica y parecía estar haciéndole el amor.

Y Jessica no hacía absolutamente nada para detenerlo.

Gillian se aclaró la garganta ruidosamente y el caballero se apartó de un salto como si se

hubiera quemado.

Gillian frunció el ceño.

—¿Señor Whitfield?

Él tragó saliva y miró a su alrededor con una expresión decididamente culpable.

—Señora Thorpe. No es lo que usted piensa.

Gillian había visto esos suaves besos, y su intenso rubor confirmaba sus sospechas sobre su interés no tan inocente en Jessica. Se apresuró hacia adelante y atrajo a la aturdida chica a su lado.

—¿Estás bien?

Jessica asintió, se abrazó a sí misma y comenzó a sollozar de nuevo.

—Oh Jess, querida. No llores. —Gillian tomó a la chica en sus brazos y miró fijamente al señor Whitfield—. Si orquestó este encuentro con algún propósito indebido, le arrojaré una maceta y luego informaré a Lord Stapleton que no se puede confiar en usted con su hija.

—¡No! —El hombre palideció—. No la seguí. Ya estaba aquí, admirando los nuevos parterres elevados de Stapleton. Lo juro, me di la vuelta y ella se arrojó a mis brazos.

El hombre parecía sincero, pero esos besos significaban algo completamente diferente.

—Ya veo.

Él se frotó la nuca.

—Ella *está* llorando.

Gillian encontró un pañuelo que guardaba en el bolsillo de su abrigo y secó las mejillas húmedas de la chica.

—Todo estará bien —susurró.

—No, no lo estará —se lamentó Jessica—. Va a ser simplemente horrible.

—¿Puedo preguntar qué está mal? —inquirió Whitfield.

—Perdí a mi madre... ahora voy a perder a mi acompañante —sollozó Jessica—. Me voy a mudar a Londres y vivir con la señora Warner. Odio Londres. ¡Odio a papá por enviarme lejos!

—No lo odias —discrepó Gillian.

El señor Whitfield pareció confundido.

—Pensé que estabas deseando debutar en sociedad.

—No debería tener que dejar mi hogar para que eso suceda.

—No, por supuesto que no. —El hombre miró hacia Gillian, frunciendo el ceño—. ¿Por qué enviarla lejos?

—No tengo idea. —Gillian suspiró. No podía sacudirse la vergüenza de haber fallado a la chica y no haber detectado el descontento de Stapleton con sus métodos de enseñanza. Todos habían dicho que la chica se había suavizado desde la llegada de Gillian, pero aparentemente no lo suficiente como para hacerla presentable a la sociedad sin la intervención e influencia de su hermana—. Aparentemente se ha decidido que Jessica debe pasar algún tiempo con el círculo de amistades de la señora Warner antes de que comience la temporada.

—Voy a ser pulida y convertida en una dama apropiada. —Jessica frunció el ceño de nuevo —. La señora Warner también dice que papá está a punto de casarse, lo cual no puedo creer que sea cierto.

Él las miró a ambas fijamente.

—Stapleton te lo diría primero si hubiera decidido volver a casarse —prometió Whitfield.

Jessica sorbió.

—Eso espero.

—No puedo imaginar qué le haría enviarte a vivir con la señora Warner. Él no cambiaría

nada de ti, Jessica. Eres completamente sin igual.

A pesar de su malestar, Jessica comenzó a reír.

—Esa es, por mucho, tu adulación más exagerada hasta la fecha, Whitfield. Extrañaré nuestras tonterías y largos paseos.

—Yo también. —Apretó los labios con fuerza y luego hizo una reverencia—. Ya que su acompañante está aquí para ofrecerle apoyo, debería retirarme. Tal vez podamos hablar de nuevo antes de que te vayas.

—Me gustaría eso —prometió Jessica—. Quién sabe cuándo podré volver a ser yo misma, como lo soy cuando estoy contigo. Aún no hemos discutido sobre el cultivo de hongos.

Él sonrió.

—Como siempre, la discusión sobre hongos en la cena anima inmensamente mis veladas. Señora Thorpe, será una tragedia para el distrito si usted deja Stapleton. Ha causado una gran impresión en todos aquí.

—Puede que no me vaya muy lejos al final —reflexionó ella—. La señora Hawthorne acaba de ofrecerme un puesto similar al que tengo ahora.

—Eso se hizo muy rápidamente —sugirió Whitfield, frunciendo el ceño—. Confío en que es lo que usted desea.

Lo que ella quería era quedarse hasta que Jessica encontrara un hombre digno de su afecto. Forzó una sonrisa.

—Serendipia. Un afortunado accidente de tiempo, estoy segura.

Whitfield no pareció convencido. Pero asintió y se despidió.

Gillian esperó un momento y luego sostuvo firmemente a Jessica por los hombros.

—¿Qué pasó entre tú y Whitfield?

La chica se encogió de hombros.

—Lo confundí con mi padre, pero para cuando me di cuenta, ya había estado llorando sobre su abrigo varios minutos. Lo soportó bien.

Gillian se sintió aliviada. Por un momento, se había preguntado si Whitfield había seguido a Jessica para una cita secreta. Jessica, por supuesto, nunca sospecharía que sus motivos pudieran ser menos que puros, pero Gillian veía su interés muy claramente.

—Muy bien —inclinó el mentón de Jessica hacia arriba—. ¿Puedo ofrecerte un consejo?

—Por supuesto —Jessica le agarró la mano con fuerza—. Prefiero mil veces escuchar el tuyo que el de mi hermana.

—No dejes que nadie sepa que Whitfield te tuvo en sus brazos hoy, especialmente la señora Warner.

—Bueno, normalmente no confío en ella, pero ¿puedo contarle a mi padre lo amable que fue?

Gillian acarició la mejilla de la chica. ¿Alguna vez había sido Gillian tan ingenua en cuanto a las intenciones de los hombres?

—¿Quieres casarte con Whitfield?

La chica pareció horrorizada.

—¿Casarme con Giddy?

—Muchos lo consideran un soltero muy codiciado, excepto la señora Warner, por supuesto —cuando la chica siguió mirándola fijamente, Gillian continuó—. Es guapo, amable y lo suficientemente rico como para complacer a muchos padres. Podría mantener una familia si eligiera una esposa. Es fácil ver que le gustas mucho, y tú también le aprecias. Además, es amigo de tu papá, y no se me ocurre ninguna razón por la que el duque negara la unión.

La chica ladeó la cabeza.

—Me gusta hablar con él. Giddy me hace reír como nadie.

—Si ese es todo tu interés en él, entonces asegúrate de no volver a estar a solas con él. La gente podría malinterpretar vuestra relación.

Los ojos de Jessica se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo sobreviviré sin ti en Londres? Eres mi mejor amiga en todo el mundo.

Gillian le frotó el brazo a Jessica.

—Prosperarás en Londres, esté yo allí o no. Nunca podría ser tu dama de compañía para siempre.

—Padre no está siendo justo.

—No digas eso —dijo rápidamente para evitar una rabieta—. Su excelencia se interesa más por tu futuro que cualquier padre que haya conocido. Por favor, no seas difícil con esto si es cierto. Por mí, si no por otra cosa.

El labio inferior de Jessica tembló.

—Bueno, no es lo mejor para ti vivir con la señorita Hawthorne y sus hermanas. Son como animales salvajes. Natalia todavía le hace ojitos a papá. Gracias por ayudarlo a evitarla esta última semana.

—No le he ayudado a hacer nada de eso, y él es demasiado seguro de sí mismo para necesitar ayuda de una dama de compañía pagada. Elegirá bien, no temas —él nunca querría a Gillian para algo más. Ella solo era una distracción de la soledad. Su corazón se encogió con un dolor insoportable, pero siempre había sabido que tener esperanzas era aspirar demasiado alto—. Ten fe en que tu padre sabe que lo que está haciendo es lo mejor para ti.

—Nunca te olvidaré —Jessica la abrazó, apretándola con fuerza—. ¿Me escribirás?

—Por supuesto —Gillian besó el cabello de la chica. En todo el tiempo que había vivido en la finca, le había tomado mucho cariño a la chica, rabietas y todo. Si Gillian alguna vez se casaba de nuevo y tenía una hija, le pondría Jessica en recuerdo de estos felices meses en Stapleton—. Nada me complacería más. Siempre pensaré en ti y esperaré que seas feliz dondequiera que te encuentres.

CAPÍTULO ONCE

Faltaba un día más para que los invitados partieran. Cuanto más tardaba en pronunciar las palabras que llenaban su corazón, más nervioso se sentía Nicolas sobre el resultado. Incluso habría recibido con agrado los puñetazos que habían marcado el comienzo de su primer compromiso si le aseguraran un desenlace favorable.

Nicolas se detuvo junto a Gillian. —Estás callada esta noche.

Gillian se sobresaltó, pero luego sonrió. —¿Lo estoy?

—Jessica también está apagada —observó cuidadosamente a su hija, buscando alguna causa de angustia, pero no vio nada obvio. Estaba sentada junto a Whitfield en el canapé al otro lado de la habitación y parecía estar inmersa en una conversación con él, probablemente sobre su interés mutuo en las plantas y la naturaleza. Le complacía que su amigo hubiera regresado a la reunión y se hubiera esforzado por entablar una conversación con su hija menor. Se podía confiar en Whitfield.

En general, sin embargo, se había sentido decepcionado con esta reunión. Nada había cambiado realmente. Rebecca había prometido que Jessica tendría la oportunidad de conocer gente. Pensó que se refería a un grupo de jóvenes. Lo único bueno que había salido de esta Navidad era que se había enamorado perdidamente de Gillian Thorpe, y no podía esperar para decírselo. —¿Has tenido un día difícil con ella?

—No, tuvimos un día muy agradable. Se entregó con entusiasmo a sus lecciones esta mañana y luego disfrutó del almuerzo con su hermana. Más tarde pasamos un tiempo en uno de los invernaderos —tragó saliva—. ¿Cómo estuvo el tuyo?

—Ocupado. Te digo sinceramente que no puedo esperar a que todos se vayan de una vez.

Ella levantó la barbilla y sonrió a algo al otro lado de la habitación. —Estoy segura de que estarás feliz de recuperar tu tranquilidad.

—Lamento lo de anoche —susurró, justo cuando Jessica hizo un gesto a Gillian para que se acercara—. Mi hija y yo tuvimos una charla anoche y los planes para la temporada de presentación de Jessica han mejorado un poco.

El corazón de Gillian se hundió. La señora Warner había tenido razón después de todo.

—Eso es maravilloso —Gillian lo miró rápidamente—. Discúlpeme, su excelencia. Jessica me necesita.

Cuando se alejó, Nicolas consideró seguirla, tomarla en sus brazos y demostrarle que él también la necesitaba. Pero la habitación estaba llena de gente que no vería con buenos ojos que besara apasionadamente a la mujer que amaba. No entenderían lo difícil que le resultaba esperar. Parecía casi imposible robar el tiempo suficiente para hilvanar más de un puñado de frases hoy, y

tenía tanto más que decir y ninguna oportunidad de hacerlo.

Jessica se puso de pie de un salto y tomó las manos de Gillian. Se apartaron hacia una ventana, susurrando furiosamente. Jessica la arrastró hacia el pasillo, pero Gillian se resistió. Plantó los pies como si fuera un objeto inamovible.

Nicolas ocultó una sonrisa. Podía simpatizar demasiado bien con el deseo de su hija de irse, y aplaudió silenciosamente la negativa de Gillian a ceder ante la chica. Exhaló lentamente.

La paciencia no era su fuerte. Él y Jessica tenían eso en común. Deseaba tener una forma de hacer que todos se fueran ahora mismo sin que supieran por qué.

Whitfield se levantó, cruzó la habitación y negó con la cabeza. —Mal hecho.

—¿Qué?

—Eso —señaló hacia Jessica y Gillian, que ahora parecían estar discutiendo.

Jessica y Gillian miraron en su dirección al mismo tiempo y ambas apartaron la mirada rápidamente. ¿Habían sido lágrimas en los ojos de Gillian?

Preocupado, Nicolas se apresuró hacia ella. —¿Qué ocurre?

—Nada de importancia, su excelencia —murmuró Jessica, dejándolo atónito. Su hija menor nunca se había dirigido a él por su título en toda su vida.

Whitfield apareció junto a Jessica, y ambos intercambiaron una larga mirada. Ella asintió finalmente, pero luego sonrió radiante a Nicolas. —¿Había algo en tu mente?

Gillian parecía demasiado tranquila. Casi serena.

—Yo, ah —comenzó, pero Nicolas estaba completamente desconcertado. Captó rápidamente la mirada de Gillian—. Señora Thorpe, ¿podría hablar con usted en privado?

Jessica apretó su agarre en la mano de Gillian, con ojos suplicantes. —Tiene dolor de cabeza.

Él se volvió hacia Gillian. —¿Es eso cierto?

—Solo uno leve, su excelencia.

—Bueno, esto solo tomará un momento, y luego debes subir a descansar inmediatamente —decidió. No había necesidad de que se quedara si no se sentía bien.

—Descansaré pronto —prometió Gillian, y luego besó la mejilla de Jessica antes de ser finalmente liberada—. Discúlpeme, señor Whitfield.

—Por supuesto —prometió Whitfield.

—Por aquí —Nicolas la condujo hacia el vestíbulo de entrada y se detuvo allí, a la vista de todos pero lo suficientemente privado como para que su conversación no se oyera—. He estado tratando de hablar contigo a solas todo el día.

Gillian se estremeció y sus ojos se elevaron hacia los de él. —Jessica me necesitaba. Ya sabes cómo puede ser.

—Yo también te necesito —susurró. La mirada que ella le dirigió era mucho más seria que en los últimos días. ¿Sentía ella el cambio que se avecinaba? Debía ver lo bien que estaban juntos. ¿Estaba esperando que se arrodillara frente a todos ahora? No haría eso. Tenía la intención de hacer una propuesta muy privada, seguida de muchos besos para celebrar cuando ella aceptara—. Ven a mi habitación esta noche después de la cena. Hay algo que necesitamos discutir.

Sus ojos se agrandaron. —¿Y si alguien me viera?

—Nadie lo hará —prometió. Había tenido la intención de pedirle su mano en matrimonio tan pronto como sus invitados partieran, pero no podía esperar hasta mañana. No sería el mejor comienzo para su matrimonio apresurarse, pero si los descubrían, se consolaba con el hecho de que cualquier escándalo sería de corta duración. Un mes como máximo de desagrado y luego felicidad para siempre—. Por favor, Gillian. Encuentra una manera de venir a mí. Esperaré toda

la noche si es necesario.

Su pecho subía y bajaba rápidamente, revelando su ansiedad. Le gustaba la idea pero no el riesgo, y él podía entender su vacilación. Ella aún no sabía lo que había en su corazón. Tenía que confiar en que todo saldría bien.

—Lo intentaré —susurró.

Volvió a la sala de estar en lugar de retirarse, sonrió a Jessica, y la pareja permaneció inseparable toda la noche, separándose solo el tiempo suficiente para cenar en extremos opuestos de su mesa del comedor: madre e hija ya.

CAPÍTULO DOCE

Gillian se deslizó en la alcoba de Nicolas cuando todos los relojes de la casa daban las once. La hora era tardía, pero esta podría ser la última y única noche que podría estar con él de nuevo.

La idea de dejar al duque se había vuelto insoportable a medida que avanzaba el día.

Casi había cerrado la puerta cuando lo vio dormido en una silla junto a la ventana. Se deleitó con su apariencia, el cuello abierto de su camisa, y cuando su corazón se encogió, se dio cuenta de que no debería haber venido después de todo. Dio un paso atrás para no despertarlo.

Desafortunadamente, una tabla crujió bajo su pie y él se despertó de inmediato, sonriendo al verla.

—Por fin.

—Lo siento —Gillian miró alrededor de su gran habitación. Tendría esta noche, un último recuerdo de él para toda la vida. Su enorme cama, su estado ligeramente desaliñado. Sus largos pies descalzos llevándolo a través de la habitación hacia ella.

—El placer de tenerte en mis brazos siempre vale la espera —La levantó y la hizo girar—. Estoy tan contento de verte. Hay tantas cosas que necesito decirte esta noche.

Gillian no quería hablar. Ya sabía lo peor. Escucharlo explicar que debía irse solo la haría llorar. Llevó sus dedos a la boca de él para detener sus palabras, y luego reemplazó sus dedos con sus labios mientras él la deslizaba por su cuerpo.

No había nada más que decir que esto.

Era una tonta que había perdido su corazón.

Nicolas la besó con hambre y la llevó hacia su cama, aparentemente complacido con su impaciencia. Una vez de pie de nuevo, la abrazó tan fuerte que ella temió que esta fuera también su despedida. Gillian odiaba las despedidas, especialmente las palabras inadecuadas que no lograban consolar. Así que, en su lugar, desabrochó los botones de su vestido.

Aunque sus manos temblaban, logró desabrochar cuatro antes de que él la ayudara.

—Tienes razón, podemos hablar por la mañana.

Por la mañana, ella se escabulliría y haría todo lo posible por evitarlo solo para ahorrarse el dolor de ser despedida.

Cuando su vestido fue empujado hasta el suelo, y su corsé y camisola fueron retirados, Nicolas se quitó la camisa por la cabeza.

Ella se quedó boquiabierta ante su perfección, su fuerza obvia, las líneas elegantes de su cuerpo le hacían agua la boca. Era ancho de pecho, pero músculos delgados adornaban sus hombros y brazos. Su estómago era plano y sus caderas, el único vistazo real de su piel que había tenido antes, estaban ajustadamente contenidas en un par de calzones de seda negra.

—¿Te complazco?

Gillian tragó el nudo en su garganta. Inclinó la cabeza, apoyando su frente contra su piel caliente mientras lidiaba con sus emociones caóticas. Gillian pasó sus manos arriba y abajo por sus costados, maravillándose con la textura de su piel y excitándose por su calor.

—Sí.

—No hay nada de qué avergonzarse por querer estar conmigo.

—No estoy avergonzada —Estaba desconsolada. Se preocupaba por él. Lo amaba a él y a Jessica tanto. Se habían convertido en su familia.

Reprimió el dolor y miró hacia su rostro. Puso su mano detrás de su cabeza y lo atrajo hacia abajo para un beso profundo antes de que él viera demasiado en su expresión y comenzara a hacer preguntas al respecto.

Todo lo que él quería era su pasión, y la tendría toda por esta última vez. Esta noche, ella conocería todo sobre su cuerpo y llevaría el recuerdo de él por siempre en su corazón.

Acarició el bulto en sus pantalones cada vez que se retiraba entre besos.

—Te necesito.

Nicolas la llevó a su enorme cama y se subió a su lado. Se estiró junto a ella y se rozó contra su piel desnuda, haciendo que sus pasiones se elevaran de una manera que su esposo nunca había logrado. Lo amaba. Amaba todo sobre este hombre maravilloso y horrible.

Gillian envolvió sus brazos alrededor de sus hombros y enterró su rostro contra su piel para que él no pudiera ver la profundidad de su dolor.

Afortunadamente, él confundió su urgencia con pasión y se deslizó hacia abajo en la cama. Estaba más que listo para hacerle el amor. Enterró su rostro entre sus piernas, impaciente y exigiendo que ella se excitara por él, satisfecha por su hábil forma de hacer el amor.

Y lo estaría. A pesar del futuro que no compartirían, aún anhelaba su toque.

Tocó su cabeza mientras él besaba su sexo, y luego se perdió en el placer.

No pasó mucho tiempo antes de que la tuviera al borde de un orgasmo y ella se corrió, gritando y luego sollozando fuertemente, sabiendo que él nunca la besaría allí de nuevo.

El duque se elevó sobre ella, aflojó sus calzones y los empujó hacia abajo hasta que estuvo desnudo de pies a cabeza. Luego, antes de que ella pudiera memorizar la ligera curva de su miembro, la envolvió en sus brazos y se unió a ella. Encajaban como dos piezas de un rompecabezas.

Cada vez que habían hecho el amor antes, había habido alguna incomodidad que superar: el brazo de una silla, un escritorio duro, estanterías que la distraían de lo que estaban haciendo. Nunca se había dado cuenta de lo profundamente que se había entregado a Nicolas hasta que él estuvo dentro de ella, compartiendo su cama, su cuerpo envuelto alrededor de ella sin una sola prenda de ropa entre ellos.

Esto era amor, pasión, rendición total a sus propios deseos. Gillian lo abrazó fuerte, perdiéndose en él. Enrolló sus piernas alrededor de sus caderas a su insistencia, sus brazos apretados alrededor de su cuello mientras él la acercaba a otro orgasmo solo por estar con ella así.

De repente, él gruñó en su cuello y la sostuvo fuerte mientras se estremecía y gemía su nombre sin previo aviso.

Abrumada por el calor de su semilla derramándose dentro de su cuerpo, ella también se corrió, ahogando su grito en su hombro, conteniendo la confesión de que lo amaba.

Cuando se calmaron, Nicolas rodó sobre su espalda jadeando, manteniendo a Gillian apretada contra su costado.

—He estado deseando hacer eso durante tanto tiempo.

Gillian reprimió un sollozo.

—No podemos seguir escabulléndos —le informó—. Es mejor así, ¿no?

Gillian asintió, miserable hasta la médula. No era joven, pero ¿acaso él no se daba cuenta de que podría haberle dado un hijo esta noche? Había pensado que lo conocía, pero todo lo que sabía de él era lo que él había elegido revelar.

—Lo es.

Se quedó sin ilusiones sobre su lugar en su vida. Se acurrucó a su lado, escuchando cómo su respiración se nivelaba, y cuando se dio cuenta de que estaba profundamente dormido, Gillian se escabulló de su cama, se vistió apresuradamente y huyó a su habitación sin mirar atrás.

No esperó hasta la mañana. Gillian estaba empacada y lista para irse mucho antes de que el sol saliera.

CAPÍTULO TRECE

Nicolas entrelazó el brazo de Jessica con el suyo y la condujo al exterior. Ella estaba de nuevo apagada hoy, así que se la había llevado para hablar en privado. Ella siempre había sido sensible a sus estados de ánimo, y temía que hubiera percibido su impaciencia por que terminara la fiesta. Hoy le contaría sus planes, le haría jurar que guardaría el secreto, y luego le pediría ayuda para capturar a la escurridiza Gillian Thorpe a solas por fin. —¿Tienes suficiente calor?

Ella lo miró desde debajo de las dos bufandas que le había envuelto alrededor del cuello para protegerla del frío de la mañana. —Tengo mucho calor, gracias.

—Bien.

La condujo a los jardines cubiertos de nieve, pisando el césped en lugar de arriesgarse a romperse el cuello en caminos que podrían estar resbaladizos por el hielo. De vez en cuando miraba hacia atrás, comprobando que nadie fuera lo suficientemente tonto como para seguirlos. —¿Estás bien?

—Sí.

No lo parecía. Sonaba completamente miserable. —¿Me lo dirías si no fueras feliz?

Jessica dudó. —Si pensara que serviría de algo.

Nicolas se detuvo y se enfrentó a su hija. Ella significaba el mundo para él, pero quería que Gillian compartiera su vida también. Era importante que su hija entendiera que amar a Gillian, casarse de nuevo, no significaba que la amara menos a ella. Quería expandir su familia y aumentar su felicidad. —Hemos sido solo nosotros dos dando vueltas por esta casa durante mucho tiempo, ¿no es así?

La mirada de Jessica se volvió dura. —Vas a casarte.

Él sonrió, complacido de que ella hubiera llegado a la misma conclusión que él recientemente. Era hora. —Así es. ¿Cómo te sientes respecto a eso?

—No me gusta la idea.

Tomó las manos de su hija entre las suyas. —*Quiero* casarme. Te prometo que nada cambiará nunca. Siempre serás importante para mí.

Jessica sollozó. —No quiero hablar de eso.

La atrajo hacia sus brazos y la abrazó con fuerza. —Lo sé. Pero debo pensar y actuar con honor. Tu hermana me ha estado acosando durante años sobre el tema y hasta ahora, no sentía ninguna inclinación por tomar esposa.

—Bueno, si estás tan decidido a casarte, exijo un intercambio justo y me quedo con Gillian como mi dama de compañía.

—Eso no es posible, cariño. —Se inclinó para susurrarle al oído—: Gillian no puede seguir

siendo tu dama de compañía si la convierto en tu nueva madre.

Jessica lo empujó violentamente. —¿Quieres casarte con mi dama de compañía? —casi chilló.

Él extendió la mano para callarla y miró a su alrededor. No había nadie cerca, pero la voz de Jessica podría viajar lejos en un día frío. —Con todo mi corazón.

Jessica se dio la vuelta, dio unos pasos antes de regresar. Su expresión era incrédula. —Rebecca dijo que ibas a despedir a Gillian y que me harías vivir con ella en Londres. ¿Algo de eso es cierto?

Él negó con la cabeza firmemente, pero no estaba seguro de qué hacer con la reacción de Jessica ante su decisión. ¿Estaba feliz de que él estuviera enamorado o enojada con él por elegir a Gillian? Gillian probablemente sabría cuál era, pero difícilmente podría haberle pedido que se uniera a ellos antes de pedirle su mano.

—Tu hermana a veces solo oye lo que quiere oír. Le hablé de ir a Londres *contigo y* Gillian, por supuesto.

—¡Esa vaca mentirosa intentó engañarnos! —Una mirada de asombro cruzó el rostro de su hija—. ¿Te casarías con Gillian e irías a Londres para la temporada, también, solo por mí?

—No. Me he enamorado de Gillian, así que lo correcto, por supuesto, es pedir su mano en matrimonio y casarnos. Había esperado que pudiéramos casarnos en Londres justo después de que se vayan los invitados de la fiesta. Discretamente, eso sí, para que tus hermanas no puedan hacer un escándalo sobre las prisas y todo eso. ¿Qué te parece la idea de que exploremos juntos los lugares y sonidos de Londres, como una familia, antes de que comience realmente la temporada?

—¿Con Gillian como mi madre? —De repente, Jessica retrocedió, con los dedos levantados hacia sus labios—. Oh, cielos.

—¿Qué? No me digas que desapruebas mi elección. ¿No acabas de pedir quedarte con Gillian como tu dama de compañía? Que sea tu mamá será mucho mejor para todos nosotros, te lo prometo.

Jessica saltó arriba y abajo. —¡Sí, apruebo a mi nueva madre! —Lo abrazó fuertemente, lo que le tranquilizó de que no tendría problemas en el futuro por ese lado.

Pero se apartó pronto, todavía frunciendo el ceño. —La señora Hawthorne no va a estar contenta.

Él ajustó la bufanda para cubrir la nariz rosada de Jessica y le ofreció su brazo. —Es hora de volver adentro antes de que te resfríes. Puede que te sorprenda que no me preocupe particularmente la felicidad de la señora Hawthorne en el gran esquema de las cosas. De todos modos, no es asunto suyo con quién me case. Quiero pasar el resto de mi vida con Gillian, y lo haré, si ella me acepta.

Jessica hizo una mueca pero siguió su paso. —La señora Hawthorne ha estado intentando llevarse a Gillian a su servicio durante meses. La noticia de que la ibas a despedir mientras yo me iba a vivir con Rebecca le ha causado a Gillian un sinfín de dolor y sufrimiento.

—Ya veo. Bueno, como ves, Rebecca estaba equivocada y nadie va a ser despedido.

—¿De verdad no lo entiendes, papá? —Jessica lo detuvo—. La señora Hawthorne lo ha logrado. Gillian aceptó el nuevo puesto ayer. Ya ha hecho las maletas para irse.

—Eso es imposible. Anoche nosotros... —Se mordió la lengua para no terminar esa confesión. Anoche en realidad no habían hablado de nada importante. Habían hecho el amor apasionadamente en su cama. Se había perdido en Gillian porque pensaba que estaba claro que la deseaba desesperadamente y para siempre.

Se volvió para mirar la casa. ¿No se había entendido? Eso significaría que Gillian lo consideraba... un completo sinvergüenza.

—Ella me lo habría dicho —dijo, pero en el fondo pensó que tal vez no lo habría hecho.

—Bueno, es cierto que ella cree que ya no la quieres cerca. —Jessica tiró de su mano, arrastrándolo hacia la casa—. ¡Debes decirle ahora mismo que no necesita irse a ninguna parte!

—Lo haré. —Apresuró sus pasos, y se encontraron con Whitfield en la puerta más cercana.

El hombre cruzó los brazos sobre el pecho, con una pregunta en sus ojos mientras bloqueaba su camino.

Nicolas hizo una mueca. —¿Dónde está ella?

—Papá se va a casar otra vez, Giddy —le dijo Jessica a Whitfield con un guiño—. La señora Thorpe será mi nueva madre. ¡Estoy tan orgullosa de ti! Tu plan funcionó de maravilla.

—¿Qué plan?

—Para lograr que te casaras. —Whitfield frunció los labios y luego se rio mientras sacaba varios ramilletes de muérdago del interior de su abrigo—. Supongo que puedo dejar de colgar estos por todas partes, ahora que has entrado en razón.

—Asegúrate de hacerlo. —Nicolas frunció el ceño y los agarró, mirando a su hija con una nueva sospecha—. ¿Pusiste muérdago en mis bolsillos porque él te lo dijo?

—Por supuesto. —Jessica giró sobre sí misma, sonriendo—. ¿A quién más le permites acercarse tanto?

—A Gillian. La acusé la primera vez. —Asintió y luego protestó cuando Jessica le dio un fuerte empujón. Miró a su buen amigo y a su hija, sin que le gustara nada su complicidad—. ¿Necesito mantenerlos separados?

—Oh, no lo hagas. Giddy es mi amigo más querido, aparte de Gillian, que será mi mamá, lo cual es completamente diferente. —Lo empujó de nuevo—. ¡Ve!

—Ya casi es demasiado tarde —advirtió Whitfield mientras se hacía a un lado—. El carruaje de los Hawthorne ya está afuera, esperando para llevarla a visitarlos hoy. Le di una moneda al cochero de los Hawthorne para que tardara en dar la vuelta al carruaje, para darte tiempo. Prueba en la galería larga.

Le dio una palmada en el hombro a su amigo.

—Vigila a Jessica, por favor.

—Siempre lo hago —le aseguró Whitfield con una amplia sonrisa.

CAPÍTULO CATORCE

—Querida, has hecho maravillas con Jessica. Me alegro tanto de poder robarte de Stapleton —exclamó la señora Hawthorne mientras esperaban juntas frente a la chimenea en la galería larga a que llegara el carruaje de los Hawthorne—. Estoy segura de que un mes contigo bastará para poner a mis hijas en forma.

—Natalia es una chica encantadora —Gillian estiró el cuello, esperando ver a su actual pupila, que estaba paseando con su padre. Quería darle un último abrazo antes de partir para visitar su nueva situación—. Estoy deseando pasar tiempo con ellas.

—Ahora, antes de irnos, quiero asegurarme de que entiendas que no he prestado atención a los comentarios de Rebecca ayer. Sé que Jessica ha cambiado para mejor desde tu llegada. Y también conozco bien el temperamento de Rebecca. Jessica está mucho más tranquila ahora de lo que solía estar, y mi hija ciertamente se ha beneficiado de las numerosas invitaciones para visitar desde que viniste a vivir aquí. Estoy segura de que nuestra inclusión fue gracias a tu influencia sobre el duque.

Gillian negó con la cabeza, con el corazón dolido. —Tuve poca influencia en las decisiones del duque —Él no la escuchaba. Si lo hubiera hecho, no estaría obligando a Jessica a vivir con Rebecca.

Deseaba poder escapar de esta amable mujer antes de derrumbarse y llorar desconsoladamente.

Gillian se dio la vuelta, pero jadeó cuando Nicolas entró derrapando en la habitación, luchando por mantener el equilibrio en el suelo de mármol muy pulido. Se enderezó cuando la vio, se ajustó la chaqueta y caminó hacia ella con determinación. El corazón de Gillian comenzó a latir con fuerza contra sus costillas al ritmo de sus pasos, hasta que pensó que podría desmayarse.

La señora Hawthorne sonrió radiante. —¿Qué le trae aquí con tanta prisa, Stapleton?

—Mi acompañante.

—Mi acompañante ahora —La señora Hawthorne sonrió a Gillian con cariño—. Lo que usted no quiera, yo lo tomaré con gusto de sus manos, su excelencia.

—Fue mi hija mayor quien afirmó que yo no la quería —Esquivó a su vecina y se cernió sobre Gillian—. Te quiero, Gillian. Muchísimo.

Gillian se quedó paralizada. —¿Su excelencia?

—Mi amor —susurró, levantando los dedos para acariciar sus mejillas ardientes. Se inclinó más, hasta que sus labios quedaron a centímetros de los de ella—. Lo de anoche fue el comienzo para nosotros, no el final. No te vayas. Te amo con todo mi corazón.

Hizo una pausa mientras ella procesaba la noticia, y luego aplastó su boca bajo la suya en un beso devastador que no dejó a Gillian ninguna duda sobre su sinceridad.

¡No estaban solos!

La señora Hawthorne se desmayó, tropezando contra la pared más cercana para mirar boquiabierta y jadear.

Gillian se aferró a Nicolas en busca de apoyo, mareada por la conmoción y la esperanza. Él la apretó contra su pecho y levantó sus pies del suelo. —Nunca, jamás, jamás, jamás creas que alguno de mis hijos conoce mis planes antes que tú.

—¿Pero Jessica?

Sonrió. —Irá a Londres con nosotros cuando termine la fiesta en la casa, si aceptas casarte conmigo con licencia especial lo antes posible.

—Yo...

—No me digas que no me amas, ahora que he arruinado tus posibilidades de empleo con la señora Hawthorne —Miró a su vecina—. Lo siento por eso. Tal vez debería sentarse.

La señora Hawthorne ya estaba contra la pared y, ante su sugerencia, se deslizó hasta el suelo de mármol, sin darse cuenta de que su vestido se había levantado por encima de sus rodillas y revelaba sus piernas bien formadas.

Nicolas volvió su rostro cálido y pícaro hacia Gillian y la besó rápidamente de nuevo. —Me amas. Sé que lo haces.

Gillian estudió su rostro. Tantas cosas sobre su comportamiento de repente tenían sentido. Su determinación por proteger su reputación, su deseo insaciable y su comportamiento la última vez que hicieron el amor. Él había querido hablar, pero ella lo había distraído con besos y luego se había escondido de él desde entonces. Armada con la duda de sí misma y la falsa información de Rebecca, Gillian no le había dado la oportunidad de expresar su mente o su corazón.

Sostuvo su mirada y luego llevó su mano a su querido rostro. —Que el cielo me ayude, sí te amo.

Él le guiñó un ojo. —Entonces, sin más preámbulos...

La bajó y se arrodilló, tomó su mano entre las suyas y le sonrió. —Querida Gillian, ¿me harías el hombre más feliz aceptándome como tu esposo? Prometo dedicar mi vida a hacerte feliz, y te aseguro que mi primera cita cuando lleguemos a Londres será que mi abogado redacte un contrato matrimonial que garantizará que nunca más tendrás que criar al hijo de otro hombre como propio.

Ella le sonrió radiante. —Fui muy feliz ocupando el lugar de la madre de Jessica todos estos meses pasados.

—Entonces di que sí, y conviértete en su madre de verdad —Se levantó—. Déjame amarte todos los días de mi vida. No puedo soportar la idea de perderte jamás.

Gillian sollozó y levantó su mano hacia su rostro. Nunca había escuchado un sonido tan dulce como Nicolas suplicando por su amor y su mano en matrimonio. —Sí, Nicolas. Sería muy feliz de casarme contigo.

EPÍLOGO

—Recuerda no ponerte demasiado cómoda —Nicolas apretó los dedos de Gillian una última vez, bajó del carruaje de viaje y luego se volvió para ayudar a su esposa a descender. Le besó los dedos antes de soltarla.

Gillian miró a su alrededor, sonriendo de oreja a oreja.

—He echado de menos este lugar —le dijo.

—Todos lo hemos hecho —dijo Jessica secamente, colocándose junto a Gillian y mirando los terrenos con ojo crítico—. Es bueno estar de vuelta donde pertenecemos.

—Volveremos a Londres una vez que haya resuelto la situación —advirtió a su hija. Esto solo iba a ser un breve respiro de los placeres y rigores de la temporada londinense.

Jessica suspiró.

—Ojalá pudiéramos quedarnos aquí para siempre.

—¿Y dejar a tus nuevas amigas enfrentarse solas a los peligros del mercado matrimonial? —la reprendió Gillian—. Nunca las abandonarías en su momento de necesidad. Además, no hay nadie mejor que tú para ahuyentar a los pretendientes no deseados con tu charla sobre hongos.

Eso hizo sonreír a Jessica.

—Fue idea de Giddy aburrirlos hasta la muerte —confesó.

—El bueno de Whitfield —murmuró él, y luego sonrió mientras el personal salía por las puertas principales para darles la bienvenida a casa.

—Bienvenidos a casa, Lord Stapleton, Lady Stapleton, Lady Jessica —exclamó el mayordomo mientras bajaba apresuradamente los escalones de la entrada, con los faldones de su chaqueta ondeando en su prisa por saludarlos.

—Hola, Brown —Era evidente que el personal estaba ansioso por saludar a la nueva Duquesa de Stapleton, porque ahora todas las miradas estaban puestas en ella. Cuando Gillian había dejado la finca, todavía era una dama de compañía, y solo cuatro personas conocían las intenciones de Nicolas de casarse con ella. Se habían casado en Londres, dos semanas después de su llegada a la capital, en una pequeña ceremonia donde Nicolas apenas había prestado atención a nadie. Ninguno de sus hijos, aparte de Jessica, había sido informado o invitado. No quería abrumar a Gillian, ya que ella no tenía familia que invitar entonces, y sus propios hijos podrían haber armado un alboroto por casarse con una mujer que recientemente había estado empleada en su casa.

Estaba tan enamorado de Gillian y de las posibilidades de su vida juntos, que apenas había prestado atención a su segunda ceremonia de boda.

Le dijeron que se había vuelto bastante grosero, también.

Debido a su distracción, Gillian había tenido que ganarse a sus amigos más cercanos en Londres por sus propios méritos. Era cálida con ellos, incluso se reía de sus bromas sobre él estando atado de nuevo. Habían organizado dos cenas íntimas para amigos en Londres antes de su regreso. Pero podía notar que Gillian estaba un poco sola, extrañando a sus propios amigos y a su familia perdida también, por lo que los había traído de vuelta a casa con el pretexto de atender una emergencia en la finca.

Nicolas sonrió radiante mientras Gillian intercambiaba unas palabras amables con el mayordomo y el ama de llaves, asumiendo con aplomo su nuevo papel de duquesa. Había sido popular entre todos en Stapleton, y parecía que nada había cambiado con su ascenso. Estaba tan orgulloso de ella que podía estallar.

—¿Le gustaría revisar los menús del día pronto, su gracia? —preguntó el ama de llaves a Gillian.

—Quizás en una hora, en la sala de la mañana —Se tocó la cabeza con una pequeña risa—. Me temo que todavía estoy un poco mareada por el carruaje para concentrarme.

—Yo también —bromeó Jessica, antes de besar las mejillas de Gillian y Nicolas—. Quiero la tranquilidad de mi habitación por la tarde y el nuevo libro sobre propagación que me envió Giddy.

—Muy bien —El ama de llaves retrocedió con una sonrisa mientras Gillian hablaba con el resto del personal. Todos parecían felices de ver a Gillian, contentos con su matrimonio, y él estaba muy complacido con su recepción.

—Que sean dos horas, señora Brown —sugirió con una sonrisa, colocando su mano en la parte baja de la espalda de Gillian y guiándola hacia el interior. Nicolas aún los consideraba recién casados, y deseaba desesperadamente estar a solas con su esposa en el lugar donde se habían enamorado.

Puso su brazo alrededor de los hombros de ella mientras subían al primer piso, y luego la abrazó fuertemente contra su costado.

—Estaremos aquí solo unos días, mi amor.

Ella lo miró de reojo.

—¿Me dirás ahora cuál es la emergencia?

—Esperamos visitas mañana —le dijo.

—¿Visitas? —Su ceja se arqueó—. ¿Por qué tanto secreto sobre eso?

—Bueno, no estaba seguro de que pudieran venir hasta hace unos días, y no quería decepcionarte si se negaban a venir cuando yo quería que lo hicieran.

—¿Quiénes son?

Nicolas tomó sus manos entre las suyas.

—Tu hermano menor y su esposa vienen a visitarte.

Ella contuvo la respiración y sus ojos se abrieron de par en par.

—Nunca te dije que tenía un hermano.

—Pero se lo dijiste a Jessica, y ella me mencionó que no habías visto a tu hermano desde que comenzó tu primer matrimonio. El señor y la señora Lincoln Garland viven no muy lejos de aquí, en realidad. Hice que mi hombre los localizara y envié un carruaje para recogerlos. Pensé que podrían quedarse con nosotros un tiempo antes de que volvamos a Londres y el señor Garland a su trabajo.

Gillian se arrojó a sus brazos y lo abrazó con fuerza.

—Gracias. Siempre me pregunté qué había sido de Lincoln.

Nicolas se apartó y sonrió.

—El señor Garland es abogado. Bastante importante, tengo entendido. Se casó con una mujer de una prominente familia legal y ahora tiene dos niños pequeños.

—¿Tengo sobrinos?

—Tenemos sobrinos —la corrigió. Si ella tenía que lidiar con sus revoltosos hijos adultos y nietos, entonces era justo que él también aceptara la responsabilidad por los de ella—. Estoy deseando conocerlos. Tengo muchas ganas de escuchar lo que Garland tiene que decir sobre tu infancia. No puedo creer que siempre hayas sido tan perfecta como lo eres ahora.

—Oh, no. Va a arruinar la ilusión que he tejido tan astutamente —se lamentó Gillian, pero rio con ganas—. Eres el marido más maravilloso, Nicolas.

Lo más maravilloso de su matrimonio con Gillian era que ser serio se había vuelto completamente opcional. Ahora que no había razón para comportarse, se molestaban mutuamente con frecuencia.

—Lo sé —susurró Nicolas antes de darle un beso prolongado, un preludio de cómo podrían pasar las próximas horas sin interrupciones.

Tiró de Gillian hacia la alcoba de la duquesa y la atrajo a sus brazos.

—¿Qué te traes entre manos, su gracia? —preguntó ella arqueando una ceja.

Los sirvientes entraban y salían de su nueva alcoba, una habitación que conectaba con la de él, pero a Nicolas no le importaba quién los viera ahora. Ya no había escándalo, pues estaban bien y verdaderamente emparejados y casados.

Él sonrió y tomó su mano para juguetear con la alianza en su dedo. —Una de las ventajas de ser un hombre casado es que puedo seguirte a todas partes, su gracia.

Gillian entrelazó sus dedos con los de él y se apoyó en su cuerpo mientras el último sirviente se marchaba. —Mi parte favorita es que puedo besarte sin tener que esperar por un muérdago.

Y así lo hizo, muy a conciencia además.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

